

EL ABATE
DE L' EPEE,
Y SU DISCÍPULO
EL SORDO MUDO DE NACIMIENTO,
CONDE DE HARANCOUR.
COMEDIA
EN CINCO ACTOS,
POR

MONSIEUR BOUILLY, INDIVIDUO DE LA SOCIEDAD PHILOTECHNICA.

TRADUCIDA EN CASTELLANO

POR DON JUAN DE ESTRADA,

Y D... LAAS-LITZOS.

MADRID

EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCIA, Y COMPAÑIA.

AÑO DE 1803.

ACTORES.

ABATE DE L' EPEE. *EL SEÑOR RAFAEL PEREZ.*

CONDE DE HARANCOUR, jóven sordo mudo. *LA SEÑORA ANTONIA PRADO.*

DARLEMONT, padre de Sant-Alme. *EL SEÑOR VICENTE GARCIA.*

SAINT-ALME. *EL SEÑOR JUAN CARRETERO.*

FRANVAL, Abogado célebre. *EL SEÑOR BERNARDO GIL.*

CLEMENCIA, su hermana. *LA SEÑORA MARIA GARCIA*

MADAMA FRANVAL, madre de los dos. *LA SEÑORA JOSEFA LUNA.*

MARIANA, criada que fué de la casa de Harancour. *LA SEÑORA MANUELA MONTEIS.*

DUPRE, ayuda de cámara en la misma casa, y confidente de Darlemont. *EL SEÑOR TOMAS LOPEZ.*

DOMINGO, criado de FRANVAL. *EL SEÑOR ANTOLIN MIGUEL.*

DUBOIS, criado de librea de casa de Darlemont. *EL SEÑOR MIGUEL GARRIDO.*

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una plaza de Tolosa: se vé á la derecha la fachada principal de la antigua Casa de Harancour, y enfrente la de la familia de Franval.

SCENA PRIMERA.

Saint-Alme y Dubois.

Saint-Alme, en trage de casa, sale por la puerta del palacio, queda inmóvil enmedio del teatro, y fixa la vista en una ventana de la casa de Franval. Dubois, con librea de la casa de Saint-Alme, sale poco tiempo despues.

Dub. Señor, ¿tan temprano? pero no oye... está del todo embebecido... los enamorados pierden la chola... en nada reparan de quanto ven, y nada entienden de quanto se les dice...

Volviendo en sí y reparando en Dubois.

Saint. ¿Eres tú, Dubois?

Dub. Bien podia buscaros en vuestro quarto.

Saint. ¿Pues qué me quieres?

Dub. Venía á deciros, señor, la conversacion que por vuestro encargo tuve con Dupré.

Saint. ¿Pudiste averiguar las intenciones de mi padre? Dupré es el único depositario de sus secretos.

Dub. Es verdad... Ningun criado debe mayor confianza á su señor...

Saint. ¿Y que?

Dub. ¿Y qué?... Executé lo que me ordenaste, y todo lo he sabido.

Con viveza.

Saint. Mi padre sin duda...

Dub. El buen Dupré no es fácil de manejar.

Con impaciencia.

Saint. ¿Qué me importa? Dime todo lo que hay...

Dub. ¡Está siempre Dupré tan triste y pensativo!... parece que algun pecadillo oculto le atormenta.

Saint. ¡Dupré, es el mas hombre de bien!.... en tanto tiempo como sirve á mi padre... pero vamos al asunto... yo te lo mando.

Dub. Sabreis como anoche, luego que se recogió toda la familia de la casa, entré en el quarto de Dupré con el pretexto de tomar una luz... mañosamente dexé caer la conversacion sobre vuestro matrimonio... por vida mia que eran bien

fundadas las sospechas que teníais, pues vuestro padre se ha movido para establecernos con la hija del Presidente Argental.

Saint. ¡Cielos! ¿no soy infeliz sobre manera?

Dub. La señorita no es bella... no... no es cosa... pero es hija única del primer Magistrado de Tolosa... y heredera de grandes bienes.

Saint. ¿Qué me importa la dignidad de su padre? ¿Qué sus riquezas? Nada es comparable con sola una mirada de Clemencia.

Dub. Clemencia es un hechizo... pero si quereis creerme... desistid de casáros con ella.

Saint. ¿Perderé esta esperanza?

Dub. Vuestro padre jamas consentirá en que sea esposa vuestra.

Saint. ¿Y por que? Clemencia no es hija de un Magistrado, cuya memoria respetamos todavía y hermana del Abogado mas célebre de Tolosa, mi digno amigo?... Clemencia es pobre... sí... su madre viuda y sin bienes depende de su hijo... Clemencia no tiene dote... ¿Pero para qué lo necesita, si la naturaleza la ha enriquecido de raras y exquisitas perfecciones?

Dub. Estas gracias son buenas para un amante, no para Darlemont... por cierto que es bien

público su apego á las riquezas.

Saint. ¡O mal haya la opulencia!... que ha interpuesto tanta distancia entre la clase de Clemencia y la mia!... Mi padre, quando era simple negociante, y estaba reducido á la mediocridad, se hubiera gloriado de unir su sangre con la del Senescal Franval... ¡pero qué mudanza!... Despues que posee los bienes del Conde de Harancour, de quien fué tio y tutor, ha entregado toda su alma á la ambicion... ya no conoce otra gloria que el oro: olvida la virtud y las sendas que llevan al honor.

Dub. Muchas veces oí hablar á los criados antiguos de la casa, del jóven Conde de Harancour: ¿no era mudo y sordo de nacimiento?

Saint. Es cierto... mi padre le llevó á París hará como ocho años para consultar su enfermedad con los facultativos... pero, ó bien fué que le administráron remedios superiores á sus débiles fuerzas, ó bien que la naturaleza tuvo que hacer esfuerzos violentos... Harancour murió en los brazos de Dupré, único criado que acompañaba á mi padre.

Dub. Ya no me admiro de haber encontrado muchas veces á Dupré absorto y distraido con el

retrato de este niño que está en el salon, colgado entre los quadros de los señores de la familia.

Con sensibilidad.

Saint. Es muy natural; porque el Condecito era el último resto de la familia ilustre á quien sirvió por tantos años Dupré... Pobrecito mio Julio... ¡quánto nos amábamos los dos! Yo, Dubois, le debo la vida... ¡cómo se expuso por mí! ¡Ah, jamas saldrá de mi corazon esta grata memoria!.... Quando nos separamos tendria diez años Harancour, y yo cerca de doce... Todavía me parece que estoy en el momento de nuestra despedida; no podia hablar el desdichado... ¡pero decia tanto su figura! ¡sus extremos y ademanes eran tan vivos! sus abrazos tan apretados y cariñosos, que sin duda presentía nos veíamos por la última vez. ¡Ah Condecito! ¿Por qué no vives todavía? Yo tendria un amigo mas; y mi padre entónces, ménos opulento, no impediria ahora que fuese esposo de Clemencia.

Dub. ¿Pero es cierto que la bella Clemencia corresponde á vuestro amor?

Saint. Bien sabes que paso todas las mañanas al

despacho de su hermano para perfeccionarme en el estudio de las leyes: miéntras que estoy allí, entra Clemencia con mil pretextos ingeniosos, que solo puede inventar el amor... Se encuentran sus miradas con las mias, y al instante se anima su rostro... la falta por grados la respiracion... tan pronto como me habla se altera su voz, tiemblan sus labios, como si temiera que por ellos se la escapase este secreto. Si tantas señales no son de amor, ¿con qué pruebas ménos equívocas, ni con qué indicios mas ciertos podríamos conocerlo?

Dub. Sin embargo me atreveré á advertiros que era necesaria una declaracion positiva de Clemencia, y con especialidad de su familia.

Saint. Yo te aseguro desde luego el consentimiento de su hermano... Franval, demasiado astuto, ¿no habrá notado ya que amo á Clemencia? Sino aprobára mi inclinacion, me prodigaria tantos favores? ¿me acogeria con tanta amistad? Solo temo el carácter de su madre.

Dub. ¡La buena señora es áspera é intratable!

Saint. Sí... la madre de Franval, nacida de familia ilustre, tiene, si cabe, mayor altanería que mi padre pero su hijo la domina, vencerá los obs-

táculos, y hará que apruebe mi determinacion.

Se abre la puerta de la casa de Franval, y sale por ella Domingo.

Miéntras Domingo cierra la puerta.

Dub. Pero allí veo á Domingo, antiguo criado de Franval; le azuzarémos, y hablará... No, no es muy dificil: y sobre todo asegurémonos de los pensamientos de Clemencia.

SCENA II.

Los mismos y Domingo.

Con Alegria y loquacidad.

Dom. Ola, ola... no esperaba encontraros aquí tan de mañana.

Estrecha las manos á Dubois, y se vuelve á Saint-Alme.

Buenos dias, vecino mio.

Por Dios que el ayre de la mañana refresca la sangre... serena las ideas, y mas en vuestra edad...

Con carcajadas de risa.

Bien dice el proverbio, amor y reposo no habitan juntos.

Dub. ¿Cómo? ¿Qué quieres decir con eso?

Mofándose.

Dom. Toma allá el hipócrita. ¡Ah! Yo tengo buenos ojos... y á pesar de sesenta años me siento con fuerzas para apostarlas al amante mas disimulado, á que no me oculta sus marañas.

Se vuelve á Saint-Alme, que continúa mirando las ventanas de la casa de Franval.

¿Esperais, señor, que se presente madamita á la ventana? No... no saldrémos tan pronto... hemos estado hasta las dos de la mañana con la guitarra cantando las bellas coplas que compusísteis sobre nuestra convalecencia... y así dormitando todavía, estarémos probablemente soñando con el Autor... Vaya, vaya.

Saint. Tu alegría, Domingo, me desarma; y obligándome á deponer todo disimulado, te confieso que adoro á tu amable señorita.

Dub. Precisamente de esta enfermedad amorosa queria yo curar á mi señor.

Dom. ¿Curarle? ¿Y para qué?

Dub. Tú Domingo, como tan experimentado, habrás advertido, como yo, que la hermana de Franval está muy léjos de corresponder á los sentimientos que su belleza inspira á mi señor.

Con ironía.

Dom. ¡Ola! ¿Tú has notado eso?

Dub. Claramente salta á los ojos.

Con el mismo tono que ántes.

Dom. ¡Vaya que eres muy penetrante! par Dios que eres el mayor diablo que he visto para descifrar los corazones.

Saint. ¿Pues qué has entendido lo contrario?

Dom. Que os ama mi señorita... ¿qué digo amaros?... es nada... no piensa sino en vos... ni obra, ni vive sino por vos...

Con vehemencia.

Saint. ¡Cómo! ¿Es cierto eso?

Quedito, conteniéndolo.

Dub. Moderáos, señor, si quereis saberlo todo.

Alto.

En fin, Domingo, ¿qué pruebas tienes de su amor?

Dom. ¿Qué pruebas? Tengo mil... baste por todas la enfermedad que la puso á la muerte pocos meses hace... ¿A quién llamaba continuamente en su delirio? Ya se ve... al señor Saint-Alme.

Saint. ¿Me llamaba?

Dom. Sí, y quando recorria la lista de los que iban

á informarse de su salud ¿en qué nombre se detenia ruborosa? Ya se ve... en el del señor Saint-Alme.

Saint. ¡Clemencia se sonrojaba!

Imitando á Clemencia convaleciente.

Dom. ¿Ha venido Saint-Alme? me preguntaba con aquella voz de ángel que sabeis.-Sí, mi señorita.-¿Muchas veces?-A toda hora.-¿Y ha manifestado? ¡O...! el mas vivo interes, la mas tierna inquietud... yo veía entónces que sus miembros débiles temblaban... que destilaban sus ojos dulces lágrimas, y renaciendo en su graciosa boca la sonrisa mas amable, dexaba escapar por ella estas palabras... Yo estoy mejor, mucho mejor... me siento volver á la vida...

Mofándose.

Ah, ah, ah.

Conteniendo con trabajo su emocion.

Saint. Es cierto que todas estas circunstacias...

Dub. No son bastantes para asegurar á mi señor.

Dom ¿No? ¿Y la disputa que tuve el otro dia con ella. ¡Bueno, bueno! no puedo dexar de reirme todavía.

Saint ¿Pues cómo?

Dom. Al entrar en su aposento, como acostumbro,

ví á mi señorita Clemencia muy oficiosa en acabar un retrato de miniatura... trabajaba con tanta distraccion, que reparó en mí con la misma atencion que si estuviera cien leguas; me acerqué poquito á poco... vaya, nada divierte tanto como espiar á los enamorados.

Saint. ¿Y qué?

Dom. Eché la vista sobre la pintura, y os conocí.

Saint. ¿Era yo?

Dom. Vos mismo... ó quanto se parece, exclamé sin poderme contener: pero Clemencia dexando la obra con presteza, me preguntó sobresaltada... ¿Qué lo conoces tú?-A no estar ciego, es preciso conocerlo...¿Pues quien es?...-Por vida mia que es Saint-Alme.-¿Saint-Alme? replicó sobrecogida.. no... no es, dixo con ayre desdeñoso... mi idea era retratar á mi hermano ...-Bien puede ser... pero sin duda habeis tomado uno por otro, pues os aseguro que cosa por cosa es todo Saint-Alme...-Pues no: yo te afirmo que es mi hermano... y en estos dimes y diretes, ocultando Clemencia el retrato en su seno, salió enfadada contra mí... y es la primera vez que lo ha hecho en su vida.

Riyéndose.

Saint. ¡Quán gratas me son estas noticias!

Dom. Pero yo hablo tanto, que me olvido de mí mismo: á Dios.

Deteniéndole.

Saint. Aguarda buen amigo... espera un momento... Me complaces sobre manera.

Dom. Sin jurarlo lo creo... pero sabeis los muchos quehaceres con que estoy abrumado... el Ama por aquí, el Abogado por allá, y sobre todo la señorita Clemencia... Pero, señor, no la hagais sospechar que hemos hablado, porque me haria un flaco servicio... Bien sabeis que las doncellitas aman con cierto modo y disimulo.

Le aprieta la mano á Dubois.

A Dios, hasta la vista, ¡hábil observador! ¡Qué talento tan prespicaz! ¿Negarás todavía que es amado tu señor? ¿que está bien claro, y que lo ves distintamente?... vaya... vaya.

Sale por el fondo del teatro.

SCENA III.

Saint-Alme y Dubois.

Saint. ¿Y bien, Dubois?

Dub. ¿Y bien, señor? Mereceis la mas tierna correspondiencia; es indubitable.

Saint. Y querian me casase con otra, que con Clemencia... en la vida.

Dub. De este modo es preciso pensar sin tardanza en los medios de estorbar los proyectos de vuestro padre: las circunstancias son críticas, pues sabeis que es imperioso y violento...

Saint. Tú debes ayudarme.

Dub. Mi parecer es, que ántes de todo vayais á la hora de los demas dias al estudio del Abogado Franval: y le declareis vuestro amor á Clemencia, y la resolucion de tomarla por esposa... Despues insinuareis vuestras intenciones á la señorita á presencia del hermano, y obtenido su consentimiento, pasareis á casa del Presidente Argental, con cuya hija os quieren casar; decidle que amais á Clemencia... interesadle con aquel modo suave que debeis á vuestro carácter, y por este medio atacais en su orígen y destruis los designios de vuestro padre.

Saint. Tienes razon... adopto el plan... este paso es delicado sin duda; pero el respeto y la franqueza dirigirán mis palabras... no me detengo... el primer Presidente es justo y sensible; tomará parte en mis penas, y mi amor le interesará... sí, le interesará... su casa está dos

pasos de aquí... vé de mi parte á saber la hora en que podrá admitirme á una audiencia particular, y vuelve para vestirme.

Dub. Vuelvo al momento.

Saint-Alme entra en la casa, y Dubois sale por un lado, y al instante se ven de la otra parte el Abate L' Epee, y Teodoro.

SCENA IV.

L' Epee y Teodoro vienen por el fondo de la Scena observando á todas partes: Teodoro precede á L' Epee, y se adelanta con la mayor agitacion... El uno y el otro vienen cubiertos de polvo, y con todas las señales de que acaban de llegar de un largo viage... L' Epee traerá un baston ordinario.

Teod. *Hace señales muy expresivas de que reconoce la plaza en que entran.*

Observando á Teodoro.

L' Epee. No puedo dudar que Teodoro reconoce esta plaza; lo indican sus movimientos repentinos; y la alteracion de todas sus facciones.

Teod. *Mirando á todos lados con inquietud hará señales mas expresivas que las anteriores de*

que reconoce la plaza.

L' *Epee.* ¿Si terminarán aquí por ventura mis largas y penosas investigaciones?

Teod. *Mira al palacio de Harancour, corre acelerado hácia la puerta, lanza un grito, y vuelve sin respiracion á los brazos de L' Epee.*

L' Epee ¡Qué grito tan penetrante y lastimoso! Apénas respira... nunca le he visto con igual agitacion.

Teod. *Anuncia con señales rápidas y vivas, que reconoce la casa de sus padres: estas señales serán. Primera: unir las palmas de las manos y levantarlas sobre la cabeza formando una especie de techo. Segunda: señalar con la mano derecha la estatura de un niño. Tercera: herirse con el dedo del corazon en el pecho. Quarta: Teodoro declara que es él aquel niño.*

Señalando al palacio.

L' Epee. Sí; allí recibió la vida Teodoro... Habitacion que nos viste nacer... lugares queridos en que pasamos nuestra niñez, siempre tendréis para nosotros dulces atractivos: ¿qué hombre hay en la tierra, que al volveros á ver no se enternezca con las mas dulces sensaciones?

Teod. *Expresa con señales muy tiernas su gra-*

titud á L' Epee, y besa su mano cariñosamente.

L' Epee. *Con señales le responde, que no á él sino á Dios, que ha dirigido sus trabajos, es á quien debe dar las gracias.. inmediatamente Teodoro hincando una rodilla en tierra, expresa con gestos pantomímicos que pide al cielo bendiciones para su bienhechor... L' Epee, inclinado con la cabeza descubierta, dirige al cielo esta oracion.*

¡O Señor! que guiais, segun tu voluntad, los designios de los mortales; Dios omnipotente, por cuya inspiracion emprehendí esta grande obra, recibe ya en este momento la accion de gracias de un anciano á quien incesantemente protegiste, y de un huérfano á quien tus decretos eternos diéron en mí un segundo padre... Si he llenado dignamente todos mis deberes, si mis desvelos y trabajos son aceptables á tu justicia, dígnate de derramar todo el premio sobre este niño desgraciado; y haz que en su felicidad halle yo mi recompensa.

Se levantan, y se abrazan con prontitud y ternura.

Ahora debemos averiguar á quién pertenece este palacio.

Teod. *Hace que quiere entrar en el palacio: L' Epee le detiene diciéndole per señales pantomímicas, que le echarian de la casa al presentarse sin oirlo: Teodoro hece señales que comprehende á L' Epee, y que cede á su dictámen.*

SCENA V.

Los mismos: Dubois sale por el fondo del teatro.

L' Epee. Ya tenemos aquí quien podrá informarnos.

Hace señas á Teodoro que esté circunspecto.

¿Me direis cómo se llama esta plaza?

Observándolos.

Dub. Si no me engaño son forasteros... Estais en la plaza de San Jorge.

L' Epee. Mil gracias.

Detiene á Dubois que se va.

Hacedme el favor de oir una palabra. ¿Sabeis de quién es este palacio?

Dub. ¿Si sé de quién es? cinco años ha que vivo en él.

L' Epee. ¿Qué otro mejor pudiera haber encontrado? ¿Cómo se llama?

Dub. El palacio antiguo de Harancour.

Mas expresivo.

L' Epee. ¿El palacio de Harancour?

Dub. Pero ahora es del señor Darlemont, á quien sirvo.

Teod. *Miéntras estas preguntas, se aparta á mirar de nuevo el palacio, y se apoya contra la puerta gozoso y enternecido.*

L' Epee. ¿Y quién es este señor Darlemont?

Aparte.

Dub. Ya son demasiadas preguntas...

Alto.

¿Qué es?

L' Epee. Sí, ¿quál es su clase y profesion?

Dub. ¡Su profesion? No sé que tenga otra mas que la de ser uno de los habitantes mas ricos de Tolosa... Me esperan, y tendréis á bien...

L' Epee. Sentiria distraeros un instante de vuestras ocupaciones.

Yéndose.

Dub. Cuidado, que son muy curiosos estos forasteros. *Entra en el palacio.*

Siguiéndole con la vista.

L' Epee. Está muy distante de adivinar los fines de estas preguntas... no perdamos un momento, y

vamos á buscar una posada segura... Sin duda será bien conocido en Tolosa este palacio, que lleva el nombre de una familia tan antigua, y del señor Darlemont su poseedor: tomemos bien todos los indicios.

Estrecha entre sus brazos á Teodoro, que viene á él con curiosidad.

Si los padres de Teodoro son sensibles, llorarán ciertamente su pérdida, sí: ¡ quánto sería mi placer si lo llegase á presentar otra vez en sus brazos! ¡ pero si fué víctima del iniquo y del perverso!.. ¡O providencia divina! haz que pueda descubrirlos, y confundir su malicia, para probar á los hombres, que no hay crímen oculto en tu presencia, ni prevaricador que pueda substraerse de los eternos decretos de tu justicia.

Abraza segunda vez á Teodoro, lo lleva consigo de la mano... y le dice por señas al irse, que mire muchas veces al palacio de Harancour.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa el estudio de Franval: á la izquierda del espectador un bufete: sobre él un vaso con flores, libros, procesos y legajos de papeles.

SCENA PRIMERA.

Franval en bata y chinelas sentado al bufete, y unos papeles en la mano.

Franv. No puedo olvidar un momento este negocio que han fiado á mi dictámen: se trata de reunir dos esposos divididos: negocio el mas importante á la sociedad, y el mas honroso á mi profesion. ¡Ojalá no hubiera tantos así! ¡ó siglo! ¡ó patria mia! Declamaré contra este abuso destructor que os pierde y envilece: escudriñaré los senos del abismo en que caeis: os manifestaré su profundidad; y si el egoismo y la falsa filosofia alzan su amargo grito contra mí, las combatiré, presentando las costumbres enlutadas, la naturaleza afligida... presentaré el espectáculo

doloroso de millares de hijos abandonados, y el amor paternal de todos los padres de familia.

SCENA II.

Franval y Clemencia vestida sencillamente, pero con gusto, traerá en la mano un cestillo de mimbres lleno de flores.

Clem. Buenos dias, hermano mio.

Se abrazan.

Franv. Dios te guarde Clemencia.

Clem. Vengo á renovar las flores de tu bufete.

Quita las que estan en el vaso, y pone en su lugar las que trae en el cestillo.

Franv. Vaya... ¿si acertaré yo...? ¿traerme mi amable hermana flores todas las mañanas, y hacerme una tierna caricia...?

Sonriéndose.

Yo conozco un Legista jóven, á quien aprovecharia este cuidado tanto como á mí.

Algo turbada.

Clem. ¿A quién, hermano mio?

Franv. ¿A quien? No, no tu verguenza robe sus matices á esas flores.

Se levanta: toma de la mano á Clemencia, y la

lleva delante de sí mirándola con atencion.

¿Clemencia?

Baxando la vista.

Clem. ¿Hermano mio?

Franv. Aprecio mucho tus flores, y me son gratas tus caricias; pero no tendrian para mí tantos encantos, si no añadieses todavía...

Clem. ¿Qué?

Franv. Tu confianza. Anda: tu alma ingenua descubre con facilidad todos tus secretos.

Clem. ¡Que siempre has de estar con eso!

Franv. ¿Por qué te han de sonrojar efectos tan legítimos? ¿Saint-Alme no reune en sí quanto es digno de ser amado?

Clem. Me parece haber notado lo mismo.

Franv. No hablaré de su figura...

Clem. ¡Quán expresiva es!

Franv. Ni de su porte...

Clem. ¡Quán noble y decente!

Franv. Solo me detendré en sus qualidades: ¿qué carácter mas fránco y mas amable que el suyo? ¿qué mortal ofreció jamas á futura esposa presagios mas seguros de felicidad?

Clem. Eso me he dicho yo á mí misma muchas veces.

Franv. En fin, él te ama...

Clem. ¿Y lo crees tú?

Franv. Pues qué ¿tú no lo has notado?

Clem. Temia engañarme.

Franv. ¿Pero tú confiesas que le amas?

Clem. ¡Ay hermano mio... hermano...! tú me has arrancado mi secreto.

Se reclina en su hermano.

SCENA III.

Los mismos: Saint-Alme ricamente vestido.

Saint. Buenos dias amigo.

A Clemencia.

A vuestros pies, señorita.

Franv. ¿Tan de mañana, y tan galan? Gran vestido anuncia altos proyectos.

Acelerado.

Saint. Jamas los he tenido tan importantes para mí.

Sério.

Franv. ¿Pues qué teneis?

Clem. Estais turbado.

Saint. Qualquiera lo estaria en mi lugar. ¡Qué desesperacion!

Clem. ¡Cielos!

Saint. Amigo mio: nunca me habeis sido tan necesario como ahora.

Franv. Explicaos.

Clem. ¿Acaso os incomodaré?

Quiere retirarse, y la detiene Saint-Alme.

Saint. No, no: os pido el favor que os esteis con nosotros... acabo de tener úna scena terrible con mi padre.

Franv. ¿Pues cómo?

Saint. Todavía me asustan las terribles amenazas con que acaba de afligirme... ¿por qué? porque no satisfago las ideas ambiciosas... si mi sangre y mi vida fuesen bastantes, las sacrificaria generoso; ¿pero renunciar para sieupre la ternura de mi amor? ¿olvidar mis primeros afectos?

Clemencia baxa la vista.

Padres crueles... padres que os complaceis en esclavizar con tiranía la libertad de vuestros hijos, ¿teneis de la naturaleza este derecho? ¡ó! ¿nos disteis el ser para hacernos víctimas de vuestra avaricia?

Franv. Sosegaos Saint-Alme: acabad de instruirme.

Saint. Bien temia yo... Ya sabeis el matrimonio de que os hablé muchas veces: y quiere celebrarlo dentro de tres días.. ¿de tres dias? respondí: no; jamas. Estas palabras que dexó escapar la fuerza de mi dolor, irritáron tanto á mi padre,

que no le han podido serenar mis excusas ni humillaciones : en fin, habiéndose estrechado, esperaba que el nombre de la que adoro desarmaría su enojo... le confesé que mi corazon habia elegido esposa, y mis labios pronunciáron á Clemencia.

Turbada.

Clem. ¿A quién? ¿á mí?

Tomando una mano á Clemencia.

Saint. No puedo callarlo mas tiempo... á vos... si... os amo... y amaré toda mi vida... si os dignaseis aprobar...

Mas turbada.

Clem. A esta declaracion ¿qué respondió vuestro padre?

Saint. Es hermosa, dixo con tono sobresaltado y confuso: sí... Clemencia es digna de tu eleccion... pero yo he dispuesto de tí... y es preciso que la olvides.- Me es impoib le, le decia, apretando sus manos contra mi pecho... ¿imposible, replicó con voz airada? y dando entónces libertad á todo su enojo, me llenó de baldones... me amenazó con su maldicion, y me echó de su presencia. Este precepto espantoso agitó mi sangre... sacóme de mis sentidos... y los arrebató de manera,

que creí perderlos para siempre... atónito, cubierto de execracion y de oprobio, no pude soportar la idea vergonzosa de verme echado de la presencia de mi padre, sin venir á refugiarme al seno cariñoso de un amigo.

Abrazando á Saint-Alme.

Franv. Sí... de vuestro amigo... que se obliga á ayudaros con sus consejos... El primero es, que modereis esa sensibilidad que os enagena, y que no olvideis jamas que los padres son respetables aun en sus errores...

Saint. Creyó intimidarme con sus amenazas; pero éstas no han producido otro efecto que avivar la dulce inclinacion que me arrastra... jamas ha sido mi amor tan vivo como ahora... jamas me ha parecido Clemencia tan hermosa... y si consintieseis entrambos...

Franv. ¡Quánta hubiera sido mi satisfaccion al veros esposo de Clemencia...! ¡quánta mi alegría al confundir los nombres de hermano y de amigo...! Clemencia misma...

Clem. ¡Hermano!

Franv. ¿Y por qué le niegas la declaracion de tu amor, que sola puede endulzar sus pesares...sí... Saint-Alme, sean quales fuesen vuestros senti-

mientos por Clemencia, sabed que son una correspondencia de los que la habeis inspirado...

Saint. ¿Es cierto...? ¿soy amado? ¡ah! para creer tan grande felicidad necesito que Clemencia la confirme.

Clem. Si mi hermano lo ha confesado ya, no es posible ocultarlo... sí... os amo... ¡O! bastante os amo: ¿mas para qué revelaros el secreto de mi corazon si vuestro padre se opone?

Con transporte.

Saint. Yo sabré ablandarlo... yo, á pesar suyo, moderaré su inflexîbilidad... nada hay imposible á quien puede decirse á sí mismo... Clemencia me ama: si ántes de esta declaracion resistia la ndignacion de mi padre, ¿con quánta constancia lo haré en adelante? No: no tendré otra respuesta á todas sus reconvenciones, ni otra contradiccion á sus enojos que decirle: Clemencia me ama, padre mio; Clemencia me ama. Pero olvido que tengo que ir á casa del Presidente Argental... Nadie puede ayudarme tanto en mis proyectos... le enterneceré... penetraré su corazon... ¿y quién podria dexar de interesarse en la suerte de aquel que como yo puede decir Clemencia me ama?

Sale con precipitacion.

SCENA IV.

Franval y Clemencia.

Franv. ¿A qué irá á casa del Presidente? ¿y quál será su designio?

Clem. Mucho temo que su extrema viveza le precipite.

SCENA V.

Los mismos: Domingo con unos libros grandes debaxo del brazo.

Dom. Vuestra madre quiere desayunarse hoy en el estudio.

Franv. De muy buena gana.

Clem. ¿Todavia nó has ido á darla los buenos dias? Bien sabes como repara en estas faltas.

Franv. ¡He estado tan ocupado! Voy á buscarla á su quarto, y á darla el brazo para que baxe.

Dom. Y yo corro á prevenir el desayuno.

SCENA VI.

Domingo despues de poner los libros en el bufete.

Dom. ¡Válgame Dios! si no he andado esta mañana mas de dos leguas, que no me llame Domingo... veamos si he cumplido todos mis encargos,

Saca de la faltriquera un librito de memorias.

porque si por desgracia se hubiese olvidado algo, Madama no dexaria de decir :- ¡buen Dios, qué trabajo tengo con este criado! sobre que no tiene memoria.

Lee.

Primeramente á casa del Presidente Arbancas y del Prior de San Marcos á convidarlos de parte de mi señora... ya está esto hecho. De allí á casa del Librero de mi señor... aquí estan ya los libros. Despues ir á casa del Portero Pestolet á decirle que cese de sus procedimientos contra los incendiarios del arrabal, porque estan prontos á pagar seiscientas pesetas... Yo apostaria á que mi amo da el dinero secretamente de su bolsillo para salvar á esta familia infeliz: pocos Abogados hay así.

Prosigue leyendo.

Item: baxar á la calle de San Tiago á dar dos luises de parte de mi señorita á la viuda del Portero antiguo de la casa de Harancour... ¡pobre muger! ¡quántas bendiciones dió á Clemencia!... tambien es cierto que mi señorita previene sus necesidades, y las socorre con tanta discrecion y delicadeza!..: pero ya vienen mis amos... despachémonos.

Pone una mesita enmedio del teatro.

SCENA VII.

Domingo, Franval, Madama Franval y Clemencia. Domingo trae lo necesario para el desayuno.

Apoyada en el brazo de su hijo.

Mad. Sí, hijo mio: pocas familias hay en Tolosa de nombre mas claro y antiguo que la tuya; y espero que aunque eres un Abogado, te mostrarás siempre digno de tus predecesores.

Fran. Sí, madre mia: mi profesion no puede ménos de honrar á quantos la exercen con virtud, sean quienes fuesen.

Siéntanse los dos á la mesa, y Clemencia sirve el desayuno.

Mad. No puedo disimular la afliccion que me cuesta el no verte Senescal y sucesor de tus mayores; pero desgracias, contratiempos é injusticias de los hombres me obligáron á vender esta dignidad á la muerte de tu padre.

Franv. Por eso cultivando mis talentos he adquirido cierta consideracion, que solo hubiera debido en otras circunstancias á la casualidad y á la manía.

Mad. Sé muy bien el lugar distinguido que mereces en el tribunal; pero con todo, hijo mio, esto siempre es indigno de tu cuna, siempre es degenerar; nunca correspondiente.

Sale Domingo con una cestilla de frutas y de conservas, que pone en la mesa, y dice á Madama.

Dom. Aquí teneis una carta que trae el ayuda de cámara de Darlemont.

Franv. ¿Del Señor Darlemont?

Abriendo la carta.

Mad. ¿Este hombre que me querrá?

Toma algo del desayuno, y lee.

"Señora: permitidme que me dirija á vos misma

para vindicar los derechos mas sagrados"... ¿qué quiere decir esto? retírate Domingo.

Continúa leyendo.

" ¡para vindicar los derechos mas sagrados...! mi hijo ama á vuestra hija, y dice que es correspondido..."

Clemencia se turba, y su madre la mira severamente.

Franv. Continuad, madre mia.

Lee.

Mad. "Por íntima y grande que sea la inclinacion de mi hijo, ni por legítima que sea la eleccion que ha hecho de Clemencia, no podrá verificarse su union."

Con vehemencia.

No, sin duda: jamas se verificará.

Aparte.

Clem. ¡Válgame Dios, quánto padece mi espíritu!...

Franv. Os ruego que acabeis.

Acabando de leer.

Mad. "Así espero, que no permitais á mi hijo en adelante la entrada en vuestra casa, y que no le ayudaréis á ofender los derechos paternales. Darlemont." ¡Qué no la ayudaréis á ofender!...

¿llevó nadie tan adelante la irreverencia y la audacia?

Franv. Tranquilizaos madre mia.

Mad. ¿Quién ha dicho á este humilde negociante, que ahora presume de señor, que yo queria enlazarme con él? ¿olvida que á pesar de sus riquezas, hay entre los dos infinita desproporcion de nacimiento? Hijo mio, ya me lisongeo que á vista de este ultrage no volverás á recibir en tu estudio al jóven Saint-Alme.., y en quanto á su padre...

Se para.

Sí, nunca...

SCENA VIII.

Los mismos y Domingo.

Dom. Señor, aquí está un forastero que quiere hablaros.

Franv. ¿Un forastero?

Dom. Es un anciano lleno de canas respetables: qualquiera diria que es un Pastor de dignidad patriarcal.

Franv. Dí que entre.

SCENA IX.

Los mismos, ménos Domingo. Franval se levanta, y pone la mesita á un lado del teatro: Madama sentada, y leyendo la carta con indignacion.

Mad. No: no se verificará este matrimonio.

Clemencia á Franval.

Clem. Ya, hermano mio, se acabó para mí la felicidad.

SCENA X.

Los mismos y L' Epee. Domingo introduciendo á L' Epee.

Dom. Entrad.

L' Epee saluda á las señoras, y éstas corresponden. Franval se adelanta á recibir á L' Epee.

L' Epee. ¿Tengo el honor de hablar con el señor Franval?

Franv. Sí señor.

L' Epee. ¿Podré hablaros por un momento?

Franv. con mucho gusto.

Vase Domingo.

Franv. ¿Y puedo saber yo á quién tengo el honor de recibir en mi casa?

L' Epee. ¿Soy de París y me llamo L' Epee.

Franv. ¿L' Epee?... ¿el fundador de la escuela para sordo-mudos?

L' Epee. El mismo.

Franv. Madre... hermana... aquí teneis uno de los hombres que honran mas nuestro siglo.

Madama y Clemencia se levantan, y hacen á L' Epee cortesía mas respetuosa.

Modestamente.

L' Epee. Señor...

Franv. Veo con freqüencia los efectos milagrosos de vuestro instituto, y siempre me sorprehendo y admiro... creed que nadie como yo toma mayor interés en vuestros trabajos, ni respeta tanto vuestro nombre.

L' Epee. Veo que hice bien en valerme de vos.

Franv. ¿Qué motivo pudo proporcionarme la dicha de veros?

L' Epee. Vuestra reputacion, que tambien la teneis muy grande: necesito comunicaros un asunto de la mayor gravedad.

Mad. Retirémonos, hija mia: dexemos á estos señores.

L' Epee. No: lo que he de revelar aquí, debiera ser público: sobre todo, tengo necesidad de interesar á las almas sensibles: y si estas señoras gustan de oirme...

Con curiosidad.

Mad. Ya que nos lo permitís.

Aparte, y mirando á L' Epee.

Clem. ¡Qué tono paternal! ¡qué dignidad!

Franv. Sentaos.

L' Epee se sienta entre Madama Franval y su hijo, y Clemencia al lado de su madre.

L' Epee. Ved el asunto que me trae: quizá seré un poco largo; pero nada debo omitir de quanto es necesario para llegar al fin que me he propuesto.

Franv. Ya os atendemos.

L' Epee. Habrá ya cerca de ocho años, que por el otoño llevó á mi casa un ministro de policía de París un niño sordo-mudo de nacimiento; que la patrulla haciendo la ronda encontró en el puente nuevo al anochecer: visto con atencion, me pareció tendria como nueve á diez años. Las pobres y toscas ropas que le cubrian, declaraban que era de humilde extraccion; pero su figura interesante me hizo prometer que le

endria á mi cuidado. Al verlo al dia siguiente mas despacio, observé nobleza y pundonor en sus miradas, delicadeza en sus modos, y su confusion vergonzosa al verse cubierto de andrajos: ya entónces no dudé que aquel trage indecente no era el suyo, que su disfraz era malicioso: y que se le habia extraviado con deliberacion: yo anuncié su pérdida en los diarios, dí sus señas con escrupulosidad, pero en vano; porque nadie se apresura á reclamar al que es desdichado.

Franv. ¡Perversidad de los hombres! ¡á qué excesos os arrastra!

L' Epee. Viendo que eran inútiles mis investigaciones, y convencido de que este niño era víctima desgraciada de una tropelía secreta, procuré sacar indicios de él mismo: púsele el nombre adoptivo de Teodoro: le conté en el número de mis discípulos, no tardó en sobresalir entre todos, y sus adelantamientos confirmáron completamente mis esperanzas, que á los tres años abrió sus sentidos á la naturaleza, y le dió nuevo ser la educacion. Desde entónces luchaban con su imaginacion mil recuerdos: padecia agitaciones: yo le hablaba por señas tan rápidas como el pensamiento, y Teodoro me respondia con la

misma prontitud. Un dia que paseábamos por París, vió delante del tribunal de Justicia que un Magistrado se apeaba de su coche: todo se extremeció de repente: todo se conmovió, y padeció una súbita alteracion que llamó mis observaciones: preguntéle la causa de sus extremos, y me dió á comprehender que un hombre vestido del mismo modo le habia estrechado muchas veces en su seno, y humedecido con sus lágrimas. Este primer indicio acrecentó mis recelos: conocí que Teodoro era hijo ó pariente de algun Magistrado: que este Magistrado por las insignias de su vestido no podia ménos de ocupar una plaza superior; y por consiguiente que la patria de mi discípulo era una ciudad capital... Otro dia en el arrabal de San German vimos pasar un entierro de persona de calidad: notéle sobrecogido, con conmociones que se aumentaban á medida que se acercaba el acompañamiento: llegó el atahud, y al mismo instante creció su susto, y se arrojó á mis brazos. ¿Qué tienes? le pregunté: ¡ah! me respondió por señas Teodoro: yo me acuerdo que pocos dias ántes de venir á París acompañé con trage de duelo, y los cabellos esparcidos, el atahud de aquel Magistrado que tantas caricias

me hacia: todos lloraban, y yo lloraba tambien. Por este segundo indicio sospeché que Teodoro era huérfano, y heredero de grandes riquezas: sospeché mas; sí: aseguré que sus riquezas habian excitado la codicia de algun pariente, que aprovechándose de la enfermedad de este infeliz, invadió sus bienes; y que para poseerlos con impunidad, tuvo el bárbaro arrojo de expatriarlo, y perderlo para siempre. Estos descubrimientos importantes dobláron mis cuidados, y aviváron mi ternura: ¡ah señor! Teodoro era cada dia para mí mas interesante: ¿cómo no formaria la árdua empresa de restituirlo á sus hogares? ¿pero cómo descubrirlos? Mi alma padecia: el infeliz jamas oyó pronunciar el nombre de su padre: ignoraba el lugar de su nacimiento, y la familia á quien pertenecia. Le pregunté, si se acordaba del momento en que vió la primera vez á París:- me dixo que sí; y que todavía tenia presente la puerta por donde habia entrado: - al otro dia empezamos á recorrer todas las de París: llegamos á la del Infierno, y Teodoro me hace señales muy ciertas de que reconoce la puerta: que allí registráron su coche; y que allí se apeó con dos personas, cuya figura

conserva todavía en su memoria: tantos indicios me aseguraban que le habian traído por el lado del Sur. - Añadia Teodoro á sus confusas narraciones, que habia pasado muchas noches en el viage, y que á cada hora mudaba caballos: calculé el tiempo que pudiera tardar; y no dudé que la patria de mi amado mudo era una de las ciudes principales del Mediodia de la Francia.

Franv. ¡Quán vasto y sagaz es el ingenio movido en sus empresas por el amor de la humanidad! Acabad, acabad.

L' Epee. Fuéron inútiles quantas indagaciones hice por escrito en todas las ciudades meridionales de Francia; pero no por eso desmayó mi constancia: ántes bien convencido de que Teodoro lleno todavía de imágenes y recuerdos no podria ménos de conocer su patria, resolví yo mismo correr con mi discípulo todas las capitales del Mediodia. La empresa era larga y penosa: para asegurar su éxito, era necesario viajar á pie: yo soy viejo; pero la inspiracion del cielo ayudaba á mis débiles fuerzas: agoviado de años, y oprímido de dolencias, hace sesenta y seis dias que dexamos á París: solo con mi Teodoro salí por la puerta del Infierno, que volvió á reconor como án-

tes, y despues de unir en tiernos abrazos las lágrimas de Teodoro con las mias, é invocando la asistencia del Ser supremo, empezámos á caminar baxo sus auspicios. Errantes é inciertos hemos andado muchas ciudades; porque Teodoro deseoso de encontrar sus hogares, me llevaba muchas veces á pueblos que despues no conocia: ya empezaban á acabarse mis fuerzas, las fatigas rendian mi valor, y me iban ya abandonando mis dulces esperanzas, quando llegué esta mañana á las puertas de Tolosa...

Con sensibilidad.

Franv. ¿Y qué?

Clemencia se levanta, se acerca á L' Epee y se apoya en el respaldo de la silla de su madre.

L' Epee. Luego que entramos en la ciudad, cógeme la mano conmovido, y háceme señal que la reconoce: á cada paso que dábamos por sus calles, padecia una nueva alteracion, se animaba toda su figura, y llenaba de lágrimas sus ojos. Atravesamos la plaza, y Teodoro se postra de improviso, alza sus manos inocentes al cielo, llora, se levanta, y me dice que ha encontrado su patria... la alegría me hizo olvidar

las penalidades precedentes, recobré mis fuerzas, y andubimos muchos barrios .. en fin, ¡ ó Dios mio! al descubrir el palacio que está enfrente de vuestra casa, da un grito tremendo Teodoro, cae sofocado en mis brazos, y me señala la casa de sus padres... Quedé yo absorto por un momento; pero recobrada mi antigua serenidad, me informo con disimulo... averiguo que esta casa es el antiguo palacio de los Condes de Harancour... que Teodoro es el único vástago que la muerte ha dexado de su linage... y que un tal Darlemont, su tutor y tio materno, está en posesion de todos sus bienes, á favor de una partida supuesta de difunto... Entónces pregunto por el Abogado de mayor consideracion, que pueda dirigirme en negocio tan importante... la opinion pública me señala á vos, y he venido á confiaros lo que mas quiere mi alma, el fruto de ocho años de trabajo, y la suerte de mi querido Teodoro. Dios lo depositó en mis brazos para que le acabase de criar, y yo en este momento lo deposito en los vuestros, para que vindiqueis sus derechos.. Derechos los mas apreciables de la vida, un hombre legítimo y respetable... derechos imprescriptibles

que le dan la naturaleza, y las leyes.

Se levanta exâltado igualmente que su madre.

Franv. Contad, amigo... contad con todo el zelo que inspiran la confianza de un hombre con vos. ¡O! si alguna vez he sido feliz y vano de mi profesion, seguramente es en este momento... Es inexplicable el placer que tengo de poderos ser útil.

Quiere besar la mano á L' Epee... éste le tiende sus brazos, y Franval se precipita en ellos inmediatamente.

Con ternura.

L' Epee. Tengo la mayor confianza, no lo dudeis. Veo correr vuestras lágrimas.

Con dignidad.

Mad. ¿Quién sería insensible á vuestra narracion?

Clem. Habeis penetrado nuestros corazones.

Franv. Mucho siento encontrar delinqüente al padre de un amigo... por Saint-Alme y por mí me sea permitido emplear con Darlemont los medios que dictan la prudencia y la cortesía; pero si esto no bastare, descubriré sin piedad su crímen y falsificacion, confundiré su avaricia, y le haré restituir en nombre de las leyes los frutos de su iniquidad.

Mad. ¡Quán impaciente está mi alma por ver humillado á Darlemont!... mucho tarda ya en descender su soberbia... en baxar á la clase en que nació.

Clem. ¡O! si yo lo viese.

A L' Epee.

Franv. ¿Pero en dónde habeis dexado á vuestro Teodoro?

L' Epee. En una posada, donde me estará aguardando con impaciencia.

Franv. ¿Por qué no le habeis traído.

Clem. ¡Quánto gusto hubiera tenido en verle!

L' Epee. Un sordo mudo siempre es incómodo, y temí que su presencia...

Franv. No disminuyese el interes...

Extrechando la mano á Franval.

L' Epee. ¡Ah, Franval! no es fácil encontrar siempre corazones como los vuestros...

Franv. Es menester que venga; yo quiero verlo... quiero mas... Este jóven no puede quedarse solo... además que será menester que demos juntos muchos pasos... aceptad un quarto en mi casa; y tendré el placer de haber gozado como nunca los encantos de la hospitalidad.

L' Epee. Sois muy atento, y temería...

Mad. No, L' Epee; en esto nos complaceis, y nos dais estimacion...

Con caricia.

Clem. Despues de un viage tan largo, tendréis necesidad de reposo, y en ninguna parte hallaréis el interes y el cuidado que tendrémos aquí del señor L' Epee.

L' Epee. No puedo resistir á tales instancias; voy á ver á mi discípulo, y vuelvo luego á presentarlo.

Franv. Entretanto meditaré el órden de nuestras operaciones; no puedo disimularos que serán dificiles... porque anular actos auténticos... arrancar de las manos de un usurpador avaro y poderoso bienes considerables, y convencer de falsario á un señor de consideracion, pide las mayores precauciones.

L' Epee. Mi confianza descansa en vuestros talentos: y sea qual fuere el término de esta empresa... tendré el consuelo de haber hecho mi deber... Sobre todo, Franval, el haberos conocido será mi recompensa.

Todos acompañan á L' Epee.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

SCENA PRIMERA.

Clemencia y Domingo.

Dom. No, señorita... Saint-Alme no ha vuelto á su casa.

Clem. ¡Qué contratiempo tan fatal! Nunca nos ha hecho tanta falta.

Con ironía.

Dom. Vendrá... estad segura que vendrá... Si supiera que le esperabais con tanta inquietud, no se ausentaría fácilmente... Busca demasiado los momentos de veros para que...

Clem. Dime, Domingo: ¿diste mi recado á Mariana?

Dom. No me perdonaría á mí mismo si no lo hubiera hecho.

Clem. ¿Aceptaría sin duda?

Dom. ¡Ah, señora! Entré, y la hallé al torno: buenos dias abuelita.-Criada vuestra, señor Domingo... ¿Cómo está mi queridita?-Por que es

de notar que siempre os llama de este modo... Muy bien, Mariana: ¿y vos? - Yo cayendo y levantando; aunque este reuma me incomoda y atormenta, es preciso trabajar para ganar de comer... - Tomad, la dixe: con esto tendréis un socorro... - ¿Cómo? ¿Dos luises?... Mi señorita os los envia. - ¡Ah! dixo: bien se conoce que es ella; y besándolos muchas veces, pedia al cielo por vuestra salud y felicidad...- ¡O! yo creo que hoy mismo vendrá á daros las gracias.

Clem. ¡Pobre Mariana! Me es muy dulce poderla ofrecer algunos auxîlios... Jamas olvidaré los desvelos con que me asistió en la enfermedad... Si acaso viniese, no permitas que hable con nadie sino conmigo... ¿Me entiendes?

Dom. Descuidad... ¿Pobre y amable muger! ¡Qué diferencia de quando su marido era portero de la casa de Harancour! Nada entónces la faltaba... pero Darlemont... este Darlemont, desapiadado los echó cruelmente como á todos los criados del difunto Presidente su cuñado... El portero desventurado murió de pesar, y yo conozco á muchos compañeros suyos, que sin el socorro de su hijo Saint-Alme...

Clem. Saint-Alme... ¡ Qué jóven ! ¡ Quán diversa es su alma de la de su padre! Parece que se ha impuesto la obligacion de reparar los daños que hace su dureza.

Dom. Sí, señora : Saint-Alme, es tan franco, sencillo y generoso, como su padre duro, altanero y taciturno... Saint-Alme, será un buen amo... excelente padre de familia,

Sonriéndose mira á Clemencia.

y sobre todo buen marido.

Clemencia baxa la vista y da un suspiro.

¿ No pensais señorita como yo?

Turbada.

Clem. Sí... Yo creo que... Sí... la que merezca fixar la eleccion de este jóven...

Dom. Vaya... esto es hecho.

Clem. ¿ De veras ?

Dom. Estoy muy seguro.

Clem. En efecto, he oído que se casa con la hija del primer Presidente.

Dom. Yo tambien ; pero no, no se verificará.

Clem. ¿ Qué dices ?

Dom. Nosotros acá amamos á otra.

Clem. ¡Qué gracia!

Dom. Es cierto : preferímos la felicidad á las ri-

quezas: cada uno tiene su gusto: ya, ya hemos elegido secretamente una hermosura que encanta.

Clem. ¿Has preparado el quarto para L' Epee y Teodoro?

Dom. Todavía no.

Clem. Pues despáchate, que van á venir al instante.

Dom. Bien está; voy allá.

Aparte yéndose.

¡Qué taimada! no puedo hacerla confesar que está enamorada: jamas la he podido sacar una palabra.

SCENA II.

Clemencia.

Clem. Este viejo Domingo halla placer en atormentarme: ya me sentia turbada: mis colores subian al rostro, y padecia una alteracion que era imposible ocultar por mas tiempo. Mas ahora no pensémos sino en el descubrimiento importante del respetable L' Epee: y entreguémonos á la esperanza que me prometen mis imaginaciones: no hay duda: si Darlemont restituye los bienes á Teodoro, no habria desigualdad entre Clemencia y Saint-Alme: y el amor... el amor sin las cadenas de su orgullo ambicioso volveria á to-

mar todo su imperio; ¿pero puedo esperar que mi madre ultrajada y ofendida?... ya llega.

SCENA III.

Clemencia, Madama Franval y Franval.

Mad. ¿En qué te detienes que no entregas el usurpador Darlemont á la venganza de las leyes? Hijo mio, apadrinar el crimen es hacerte su cómplice.

Franv. ¿Por ventura olvidaré que Darlemont es el padre de mi amigo? Dí, Clemencia, ¿fué Domingo á prevenir á Saint-Alme que viniera aquí prontamente?

Clem. Sí, hermano; pero tu amigo no habia vuelto todavía á su casa.

Mad. No puedo disimular, hijo mio, el enojo que me causa su vista desde la carta pasada: padezco sobre manera: me repugna dar entrada á ese jóven.

Franv. No lo dudo, señora; ¿pero debemos hacerle responsable de las faltas de su padre?

Clem. Léjos de tener parte en ellas, madre mia, os aseguro que no se ocupa en otra cosa que en endulzarlas y corregirlas.

Mad. Yo no las olvidaré: jamas olvidaré la carta

que tuvo osadía de escribirme.

Franv. Si no tratásemos mas que del criminal Darlemont, yo descorreria sin miramiento el velo con que encubre su impostura; pero me lo impide el abuso de las preocupaciones que nos ciegan: sujetos á su imperio, no puedo manifestar los crímenes de Darlemont como usurpador, y como falsario, sin hacer que recaiga sobre su hijo inocente la infamia que él solo merece.

Clem. ¡O hermano! Saint-Alme es muy inocente: ¿quántas veces no ha llorado en presencia nuestra la pérdida de su primo? ¿quántas lágrimas, quántas tiernas lágrimas ha tributado delante de nosotros á la memoria del compañero de su infancia?... ¿en qué corazon podrán anidar abrazadas mayor franqueza y ternura? ¿hay carácter mas tierno, generoso y sensible que el suyo?

Una mirada severa de la madre detiene á Clemencia, y la hace mudar de tono.

¿Es verdad, hermano mio?

Con desasosiego, y mirando á su madre.

Franv. Solo nos resta ver un momento á Saint-Alme para observar en él...pero aquí vienen nuestros huéspedes.

Madama Franval se levanta.

SCENA IV.

Los mismos. L' Epee trayendo de la mano á Teodoro.

L' Epee. Este es mi Teodoro, mi hijo adoptivo, que tengo el honor de presentaros.

Teodoro saluda á todos con sérias cortesías: mira á Franval y á su madre, y despues fixa la vista en Clemencia.

Clem. Es interesante su figura.

Observa con cuidado á Teodoro.

Mad. Vaya: es un vivo retrato de su padre.

Con dignidad.

L' Epee. ¿Veis, señora?

Mad. No hay duda: me parece que estoy con el Presidente Harancour.

Teodoro pone la vista en Franval, la fixa en él por largo tiempo con observacion.

Franv. Se lee gravada en su rostro la impresion del sentimiento: y veo no sé qué señales que animan sus movimientos, y anuncian los efectos felices de vuestro génio creador.

Teodoro, despues de mirar á Franval atentamente, hace muchas señas á L' Epee. Estas se-

ñas son: primera, llevar la mano derecha á la frente, donde la fixa un momento, dando á entender el talento. Segunda: alza el brazo derecho hácia Franval con dignidad y fuerza.

Franv. ¿Qué dicen estas señas?

L' Epee. Me dice, señor, que vuestra figura y dignidad le inspira la confianza de triunfar en su causa, y de confundir al opresor.

Enternecido.

Franv. Sí, hijo mio, yo lo prometo. Este abrazo es el pacto sagrado de que lo cumpliré.

Señas de Teod. *Primera: lleva con dolor la mano á la boca y oídos. Segunda: toma la derecha de Franval, y la arrima á su corazon. Tercera: da ciertos golpecitos en la izquierda de éste.*

Franv. ¿Y qué dice ahora?

L' Epee. En la primera: que como no habla ni oye, no puede expresaros su gratitud. En la segunda: que bien la sentiréis en los latidos de su corazon: y en la tercera, que ya vuestro nombre queda gravado en él para siempre. Estas son sus mismas expresiones.

Franv. ¿Sus expresiones? Pues qué ¿entendeis quanto quiere decir? ¿tanto ha adelantado vuestro genio?

L' Epee. Todo absolutamente.

Mad. ¿Y Teodoro comprehende quanto le hablais?

Teodoro mira nuevamente á Clemencia.

L' Epee. Sin duda: por este medio he conseguido ilustrar su espíritu, y formar su corazon.

Clem. Es muy singular la atencion con que me mira.

L' Epee. No os admireis, señorita... sois hermosa... y quanto ofrece á la vista de Teodoro la imágen de la verdadera belleza, arrastra su sensibilidad, y fixa sus ideas: la naturaleza obra este prodigio: sí. La naturaleza; porque cuidadosa de indemnizar á estos infelices de los defectos con que naciéron, les dotó de instinto tan delicado, y de imaginacion tan rápida, que desenvuelta una vez su inteligencia, alcanza mas que la nuestra. Para gloria mia cuento entre mis discípulos matemáticos muy profundos, historiadores y distinguidos literatos. Teodoro... este niño que veis miserable á los ojos de los mortales, ganó el invierno pasado en París un premio de poesía, y fué laureado en una Academia con asombro y delicia de los concurrentes.

Franv. Me acuerdo en efecto: los diarios anuncieron este prodigioso fenómeno, y diéron glo-

ria inmortal á vuestro nombre.

Clem. ¿Cómo es posible que privado de la palabra y del oído todo lo entienda, y exprese Teodoro? es increible...

L' Epee. Y responderá inmediatamente á quanto querais preguntarle... hagamos la prueba...

L' Epee hace señas á Teodoro; éstas son; primera: darle en la espalda, para llamar su atencion. Segunda: ponerle los dedos extendidos sobre la frente, y pararse un poco en esta postura. Tercera: señalar con el índice á Clemencia, y con la derecha figurar que escribe muchos renglones en la mano izquierda.

Teod. *Da á entender que comprehende la señas de L' Epee, se sienta al bufete de Franval, toma una pluma, y se prepara para escribir.*

A Clemencia.

L' Epee. Haced á Teodoro la pregunta que gusteis... qualquiera... en vista de mis señas la escibirá sobre el papel, y despues pondrá debaxo la respuesta. *Dudosa.*

Clem. No sé qué preguntar.

L' Epee. Qualquiera cosa... lo primero que se os ocurra.

Pensativa..

Clem. Bien... yo pregunto: ¿quál os parece en Francia el hombre mas célebre de los que exîsten?

L' Epee. La pregunta es delicada... dignaos de repetirla, y de pronunciar despacio las palabras... haced cuenta que se las dictais para que las escriba.

L' Epee hace señas á Teodoro que se prepare para escribir, y Teodoro manifiesta que lo entiende.

Clem. Vamos... ¿Quál es?

Primeras señas de L' Epee á Teodoro: extiende las manos hácia adelante, y las palmas hacia arriba. Segunda: hace con el índice de la mano derecha un semicírculo de derecha á izquierda; entónces escribe Teodoro, y pára luego.

Clem. ¿A vuestro parecer en Francia?

Segundas señas de L' Epee. Primera: lleva los dedos de la mano derecha á la frente, y los detiene en ella un instante. Segunda: señala á Teodoro con el índice. Tercera: levanta luego las dos manos, y se las pone sobre la cabeza. Quarta: le designa con la derecha quanto le rodea.

Teodoro vuelve á escribir.

Clem. ¿El hombre mas célebre de los que viven?

Terceras señas: Primera: L' Epee alza tres veces la mano derecha. Segunda: alza las dos juntas quanto le es posible.. Tercera: déxalas caer sobre cada espalda. Quarta: las corre separadas desde el pecho á la cintura. Quinta: expresa la vida respirando una vez con fuerza, y tomándose sucesivamente uno y otro pulso.

L' Epee toma el papel que Teodoro ha escrito, y lo presenta á Franval.

L' Epee. Ved como ha escrito fielmente la pregunta...

Exâminando el papel.

Franv. ¡Está escrito con singular coreccion!

L' Epee vuelve á poner el papel delante de Teodoro, el que está inmóvil y distraído.

Clem. Denota Teodoro hallarse pensativo...

L' Epee. Por ménos debiera estarlo... os aseguro que la respuesta es dificil... Le prescribís hacer una eleccion de los hombres grandes, y es muy buen aprieto.

Teodoro va volviendo de su distraccion, se anima por momentos, y escribe.

Observando á Teodoro.

Franv. ¡Qué fuego brilla en sus ojos! ¡Qué viveza en todos sus movimientos! Es un prodigio... parece que escribe satisfecho y enternecido al mismo tiempo, y sino me engañan mis juicios ha de tener su respuesta los rasgos de una alma sensible, y de una razon ilustrada.

Teodoro se levanta, da el papel á Clemencia, y la hace señas de que lo lea... Franval y su madre se acercan con ansia. Llégase Teodoro á L' Epee, y lo mira con curiosidad (1).

Lee el papel.

Clem. "Pregunta... ¿Quál es á vuestro parecer en
"Francia el hombre mas célebre de los que existen? Respuesta... La naturaleza nombra á Bufon: la ciencia corona á D' Alamb ert: pero e
"genio y la humanidad proclaman á L' Epee...
"yo le prefiero á todos los demas."

Señas de Teodoro: por las primera expresa una balanza ó peso, levantando y baxando alternativamente sus manos. Segunda: alza su derecha

(1) Estas señas serán claras y prontas, para no retardar la marcha de la Scena.

quanto le es posible. Tercera: señala á L' Epee con el índice de la misma mano. Quarta: corre á sus brazos.

Con ternura.

L' Epee. Es necesario, hijo mio, disimularte este error, ¡Yo preferido! su mucha gratitud dictó la expresion que me sonroja.

Abraza de nuevo á Teodoro.

Toma el papel de Clemencia.

ranv. No puedo volver de mi admiracion.

Mad. Es preciso ver este prodigio para creerlo.

Clem. No puedo ménos de enternecerme hasta llorar.

Franv. Esta respuesta prueba la pureza de su gusto, y anuncia la vasta extension de sus conocimientos. ¡Ah! L' Epee, ¿quántas observaciones y cálculos, quántos cuidados paternales os habrá costado su educacion? Estos efectos que admiro resultan de grandes combinaciones.

L' Epee. Es imposible decir lo que me ha costado... pero la idea de crear una alma segunda vez por la instruccion? esta idéa sublime suaviza mis fatigas, y aníma mis esperanzas... Si el labrador

al ver cubiertos de ricas mieses los campos que ha cultivado, siente en sí mismo un júbilo proporcionado á sus fatigas, considerad el que debo sentir yo quando rodeado de mis discípulos veo á estos infelices romper poco á poco las tinieblas que los rodean, animarse á los primeros rayos de la suprema inteligencia, llegar por grados á la inexplicable felicidad de conocerse, de comunicarse sus pensamientos, de hablar á sus semejantes, y de formar en torno de mí una familia amable que me llama su padre... ¿hay placeres mas halagüeños? los hay ménos costosos, pero no tan verdaderos.

Franv. Creedme, L' Epee... vuestro Teodoro ha clasificado los hombres grandes con rectitud y delicadeza; pero entre ellos ninguno habrá cuya memoria sea mas grata que la vuestra á la posteridad... Si la Francia deudora á los héroes que por sus hazañas contribuyéron á su gloria, les erige monumentos honrosos, ¿cómo no los levantará su mano agradecida al genio creador que superando trabajos y obstáculos, repara los sentidos humanos, y corrige sus imperfecciones?

SCENA V.

Los mismos, y Domingo deteniendo á Mariana.

Dom. No entreis... ¡qué porfia! Os digo buena Mariana, que no se puede hablar á Clemencia.

Haciendo fuerza para entrar.

Mar. ¡Impedirme verla, y estrecharla en mi corazon! no lo consiguirás.

A Clemencia.

Dom. Imposible me ha sido detenerla.

Teodoro mira á Mariana, y parece que recorre su memoria.

A Madama Franval con viveza y sensibilidad.

Mar. Disimulad, señora, mi atrevimiento...

A Franval.

Señor, siento interrumpiros... pero quando el corazon está lleno, es menester... ¡Esta benéfica y hermosa Clemencia...! ¡Emplearse incesantemente en mi alivio! ¡Prevenir mis necesidades! y enviarme...

Clem. Nada, mi querida Mariana; eso no merece...

Mar. ¡Cómo nada! ¡O Dios!

Mad. ¿Qué es esto, hija mia? dímelo.

Teodoro sigue los movimientos de Mariana con la mayor agitacion, la mira de arriba á baxo, y hace señas á L' Epee de asombro y admiracion: estas señas son. Primera: señalar á Mariana. Segunda: ir á la puerta y espresar á uno que llama, y á otro que abre. Tercera: volver á señalar á Mariana.

Mar. Su modestia la impide responder... pero yo hablaré... Sabed, Señora, que Clemencia desde su enfermedad, no ha dexado de enviarme vestidos y socorros; hoy mismo me ha enviado con Domingo dos luises... esta limosna se ha aumentado en mis manos, pues con ella socorrí á una vecina desdichada.

Toma una mano á Clemencia.

¡Ah! señorita, ¡quán dulce es para Mariana deberos todo esto.

Dirigiéndose á Mariana.

L' Epee. Buena muger... Buena muger...

Con respeto y admiracion.

Mar. Señor...

L' Epee. ¿No habeis vivido muchos años en el palacio del Conde de Harancour?

Mar. Sí, señor; treinta y cinco años fué portero mayor de la casa mi difunto marido.

L' Epee. Esto necesitaba... ¿os acordais haber visto allí al niño Julio, sordo-mudo de nacimiento?

Mar. ¿Que si me acuerdo de él?... ¡le he llevado tantas veces en mis brazos!... Su muerte nos ha costado muy cara, para que yo le olvide jamas.

L' Epee lleva á Mariana á ver á Teodoro.

L' Epee. Pues bien: mirad á este jóven... miradle bien...

Mirando de cerca á Teodoro.

Mar. ¿Qué veo? ¡Dios mio!

Franv. Miradlo bien.

Teodoro descubre bien la frente á Mariana, y hace señas de que le llevaba en brazos quando era pequeñito.

Mar. El es... ¡El que amábamos tanto! El que tantas veces hemos llorado desconsolados... ¡O! Sí... sí... yo le reconozco.

Mariana cae á los pies de Teodoro, éste la levanta precipitadamente, y la abraza.

Dom. Y yo tan majadero que la impedia la entrada...

L' Epee. ¡Singular y precioso descubrimiento!

Franv. Que nos conducirá sin duda á pruebas importantes.

Madm. Y confundirá al insolente Darlemont... ¡Quánto me alegro!

Clem. Mi placer es mayor todavía... Socorrí secretamente á una infeliz, y mi piedad proporciona el primer testigo... ¡O! ¡celestial beneficencia!

Mar. ¡Viviera mi pobre marido!... ¿pero cómo es que este niño, tenido por muerto tantos años hace, aparece ahora en esta ciudad? ¿Qué prodigio del cielo es este que yo no puedo comprehender?

L' Epee. Ya lo sabréis todo, buena muger... pero decidme ántes; ¿estais bien segura de que este jóven sea Julio de Harancour? ¿Podréis declararlo en justicia?

Mar. Lo sostendré con juramento delante de Dios, y de los hombres.

Franv. Todavía mas... ¿podeis proporcionarnos el testimonio de algunos criados antiguos de la casa, que hayan como vos conocido al Condecito en su niñéz?

Mar. Sin duda: la viuda del cochero vive todavía.

Dom. Pedro, el viejo palafrenero, estuvo el otro dia á verme con su muger... precisamente viven muy cerca de aquí.

Con viveza.

Mad. Al instante... es menester buscarlos... luego.

Dom. Bien pronto estarán aquí.

Detiene á Domingo.

Franv. Espera un momento.

A L' Epee.

Ya os he dicho L' Epee, que la estrecha amistad que me une con Saint-Alme, me obliga á proceder con miramiento. Mi parecer es que nos presentemos en el palacio de Harancour... allí baxo los mismos techos que encubren la usurpacion le atacarémos... Vos con el arma irresistible de un intérprete de la naturaleza: yo con el lenguage de las leyes, y con toda la energía que inspiran la equidad, y la justicia de la causa... ¿este hombre, por audaz ni temerario que sea, resistirá nuestras reconvenciones?

L' Epee. Adopto vuestro plan... Yo, Franval, imagino que este medio podrá darnos la gloria del suceso.

L' Epee se aparta con Teodoro, á quien explica por señas el partido que acaba de tomar.

Estas señas las suplirá el actor.

Franv. Es prsciso que todos guardeis un silencio

inviolable... nadie sepa quanto acaba de pasar,

Mar. Yo lo prometo.

Dom. Estad seguro por mi parte.

Mariana, Domingo y Franvàl se acercan á Teodoro y á L' Epee.

Mad. Yo no... no me obligo á nada... ese perverso Darlemont...

Abrazando á su madre.

Clem. Pero madre mia...

Con aspereza.

Mad. Aparta... Tú dirás lo que quieras; pero yo no dexaré de gritar contra Darlemot... es un ambicioso que debe sufrir los castigos mas severos... es un insolente que merece ser humillado...

Todos forman grupo.

ACTO QUARTO.

El teatro representa una sala de la casa de Harancour: con muebles suntuosos... á la izquierda de los espectadores una puerta que da al gabinete de Darlemont.

SCENA PRIMERA.

Darlemont, Dupré y Dubois. Darlemont y Dubois por la puerta lateral, y Dupré los sigue confuso y distraído.

A Dubois.

Darl. ¿Dices que mi hijo no ha vuelto todavía?

Dub. No señor...

Darl. ¿Y por qué no le seguiste?

Dub. Me lo prohibió...

Darl. ¡Si abrá vuelto á casa del abogado Franval!

Dub. No es de presumir, porque Franval ha enviado recado ahora mismo á llamarle.

Darl. Anda á esperar á Saint-Alme á la puerta, y quando llegue, que se venga á mi quarto en de-

rechura... ¿lo oyes?... Que inmediatamente...

SCENA II.

Darlemont, y Dupré.

Darl. ¿Y bien, qué me quieres Dupré?...

Dupré saca un bolsillo... lo mira, y pone sobre una mesa.

Dup. Tengo, señor, el honor de volveros estos veinte y cinco luises, que mandasteis me dieran esta mañana...

Darl. ¿Volverlos? ¿Y por qué?... Son el importe de los seis meses de renta vitalicia que te asigné el otro dia, en recompensa de tus buenos servicios: yo quiero que te se pague adelantado cada plazo.

Dup. Os vuelvo vuestro dinero... no puedo recibir el precio de una accion que me horroriza todavía... mi corazon estará siempre cargado de su peso.

Con simulada alegría.

Darl. Bueno... ¿Con que tú jamas has de olvidar aquel vástago miserable de la casa de Harancour?

Dup. Mi imaginacion me recuerda á cada instante

su infortunio... aun me parece que estoy viendo las últimas miradas que me echó quando me apartásteis de él.

Enfurecido.

Darl. Pues yo no podia sufrir la vista importuna de este mudo, autómata enfadoso...

Dup. Sin embargo confesaréis que tenia las mas bellas disposiciones, y sobre todo un buen corazon. Era todavía bien pequeñito, y quando le llevaba á paseo, le enternecia con extremo la pobreza de sus semejantes. Si encontrábamos algun mendigo, se deshacia en señas para que le socorriese, y su mayor placer era partir con los demas quanto poseía. Pobrecito Julio... acordáos, señor, del dia que expuso su vida por la de vuestro hijo; cuya viveza y atronamiento... Saint-Alme hubiera sido hecho pedazos por la fiereza de un mastin acosado de sus pedradas, si Julio, horrorizado del peligro, no cayera sobre el furioso animal con la presteza y estruendo de un rayo. Este infeliz conservará hasta la muerte la cicatriz de la herida que recibió en el brazo derecho, solo por salvar la vida de su primo.

Darl. ¿Qué nunca has de dexar de recordarme este lance?

Dup. Es porque prueba que el Condecito tenia tanto valor como bondad... ¿quién como yo conocia esta bondad encantadora? Yo: yo que fuí el ayuda de cámara mas antiguo de su padre: yo encargado de su niñéz, ¡y he podido abandonarlo! ¡he podido ceder á vuestros ruegos, y hacerme cómplice vuestro!

Con enojo.

Darl. ¡Dupré!

Con acaloramiento.

Dup. Sí, señor: vuestro cómplice... quando un criado antiguo que no ha merecido en cincuenta años reprehension, está inquieto y atribulado, debeis escuchar sus quejas sin enojo, y respetar su dolor.

Conteniendo los ímpetus de su cólera.

Darl. ¡Qué trabajo me cuesta reportarme!

A Dupré.

Mi querido Dupré, el exceso de tu sensibilidad te descompone sobre manera: vaya, querrias pasados ocho años enteros revelar el secreto importante que fié á tu silencio?

Dup. ¿Y qué adelantaría con eso? ¿á dónde estará ya el desdichado? Yo prometí guardar perpétuo silencio de todo, y lo cumpliré... es cier-

to lo cumpliré; pero ha de ser con la condicion que jamas me hablareis de este sueldo funesto con que creísteis seducirme: me bastan mis remordimientos sin que sea necesario agravarlos mas con un salario deshonroso.

Darlemont se extremece.

Sí, señor, deshonroso.

SCENA III.

Darlemont solo.

Darl. El dolor de este viejo me inquieta, y asusta... Quán cruel es la necesidad de que hayan de tener un testigo nuestras acciones reservadas... ¿Pero qué temo? Trasladado Julio de improviso á ciento sesenta leguas de sus hogares, y perdido con maña enmedio de París, sin duda estará recogido en alguna casa de piedad... Y tambien puede ser que ya no viva... en todo evento, ¿qué indicios podria dar un sordo-mudo de nacimiento, huérfano, niño, y á quien nadie reclama? No obstante, si Dupré llegase á divulgar la cosa mas mínima... nada estará demas para contentar á este viejo... Es absolutamente necesario... es menester acomodarme á su hu-

mor; suaviza con él mi fiereza y mi carácter, y sobre todo no perderlo de vista un solo instante... ¡Ah fortuna! ¡Quántas humillaciones me haces padecer! ¡Fortuna! ¡quánto me cuesta asegurar tus favores!

SCENA IV.

Darlemont y Saint-Alme.

Saint. ¿Qué me quereis, padre y señor?

Darl. Tengo que hablarte, pero será la última vez, si no cedes gustoso á los designios de tu padre... pero díme, ¿qué has hecho toda la mañana?

Con ingenuidad.

Saint. Padre mio... como yo ignoro el arte de fingir... os confieso que vengo de casa del Presidente Argental...

Darl. ¿Sin irte yo acompañando á qué fuiste allá?

Saint. A descubrirle enteramente los secretos de mi corazon... á que supiera por mí mismo el amor que tengo á Clemencia Franval.

Darl. ¿Tuviste esa temeridad?

Saint. Bien sabía vuestro desagrado, y que este paso os sorprehendería... pero, señor, juzgad quál será la grandeza de la inclinacion que me

arrastra, quando me hizo atropellar la idea de enojaros.

Sujetando su rabia.

Darl. ¿ Y qué respondió el Presidente?

Con confianza.

Saint. ¡O Padre mio! ¡qué alma la suya tan justa y generosa! No saliéron vanos mis juicios...

Haciendo esfuerzos para contener su cólera.

Darl. Pero vamos, ¿qué te ha dicho? respondeme.

Saint. Estas son sus propias palabras. "Vuestro casamiento con mi hija hubiera sido grato á mi corazon, y aliviaria mi vejez; pero la eleccion que habeis hecho de Clemencia Franval destruye todas mis quejas"...

Dando vuelo por grados á su cólera.

Darl. ¿Cómo? ¿es posible?

Continúa.

Saint. "Los vínculos que os unen á una muger tan perfecta y hermosa, deben ser indisolubles."

Con explosion.

Darl. ¿Indisolubles?

Saint. Veo, señor, que mi narracion os irrita.

Darl. Acaba, acaba.

Con la mayor turbacion.

Saint. "En fin, me aseguró que léjos de quedar

ofendido de mi proceder, aprobaba los motivos y apreciaba mi franqueza.

Movimiento convulsivo de Darlemont.

Saint. Me prometió emplear toda la amistad que tiene con vos para que no me negueis vuestro consentimiento."

Otro movimiento de Darlemont.

Saint. Y creo que dentro de poco tiempo vendrá á interesarse por mí.

Darl. ¿Y te persuadiste que yo cedería á sus solicitudes? ¿que sería jugete de tu audacia?

Saint. Padre mio...

Darl. ¡Soy el mas infelice de los mortales! Yo llego á ser poseedor...

Se detiene.

poseedor de una hacienda considerable... quiero emplearla en procurar á mi hijo un enlace envidiado de las primeras familias de Tolosa; y quando ya veo apartados los obstáculos, vencidas á fuerza de oro las preocupaciones, y superada la manía que nace de la diferencia de familias: quando ya está todo llano, me encuentro un ingrato que desayra mis desvelos, que desprecia su bien, y no apetece la primera Magistratura.

Saint. ¡Qué son para mí las riquezas! ¿qué la grandeza? Ser esposo de Clemencia es la única ambicion de mis sentidos; su estimacion es la sola riqueza que deseo.

Darl. Insensato, que así desprecias la opulencia, todavía no sabes lo que cuesta el adquirirla...

Darlemont toma el brazo á Saint-Alme, y le lleva por el teatro.

Darl. No, no: tú no sabes quánto cuesta.

Saint. ¡Ah Señor! tengo por grandes los sacrificios que os habrá costado la adquisicion de vuestros bienes; pero nunca podrán compararse á los que de mí exîge vuestro imperio. No solo amo: no solo adoro... ya debo decirlo... soy correspondido.

Darl. ¿En qué fundas esa seguridad!

Saint. En la virtuosa Clemencia... ella misma...

Darl. ¡Qué locura! Jóven incauto, que prefieres á las ventajas que te propongo las caricias interesadas de una muchacha sin bienes, díme, ¿conoces tú las seducciones que trama el artificio?...

Saint. Despedazad, señor, mi corazon crédulo y sensible; moved todos los resortes posibles para separarme de mi amor; pero á lo ménos excusadme la afliccion de oir ultrajar el nombre de

mi amada... semejante esfuerzo es superior á mi razon. Clemencia fixó mi corazon para siempre, pero sin artificio, ni astucias engañosas: sus gracias divinas: sus virtudes, mayores todavía que sus gracias: la sangre ilustre de sus ascendientes... estas son todas las tramas y artificios de esta doncella adorable: estas las seducciones con que cautivó á vuestro hijo.

Confuso.

Darl. Escucha por la última vez las órdenes de tu padre. No hay remedio: es menester olvidar á Clemencia Franval.

Saint. Primero cien veces la muerte...

Con dulzura.

Darl. En ello va mi reposo.

Saint. Tambien va mi vida.

Con mayor dulzura.

Darl. Cede á mis ruegos, hijo mio.

Saint. Soy amado.

Abrazándolo.

Darl. Saint-Alme, yo te lo suplico.

Con ternura, y besando las manos de Darlemont.

Saint. Soy amado, padre mio... soy amado.

Darl. Esto es ya demasiado: apártate.

Saint-Alme quiere besar la mano á su padre: éste huye, le echa de su presencia, y Saint-Alme se va por la puerta lateral.

SCENA V.

Darlemont solo.

Despues de un momento de silencio.

Darl. No podré sofocar la violencia de su amor, ni reprimir la sensibilidad que le devora. ¡Qué tribulacion! Su casamiento con la hija del Presidente Argental hubiera igualado mi clase á mi riqueza. No solo esto: no solo... hubiera puesto mis remordimientos al abrigo de toda inquietud... entónces ya gozaria sin rezelo de mi fortuna... pero ¡qué desgracia! mi mas cara esperanza, mi única ambicion, todas mis cuentas están desvanecidas.

SCENA VI.

Darlemont y Dubois.

Por el fondo del teatro.

Dub. El Abogado Franval pide permiso para hablaros reservadamente.

Acelerado.

Darl. ¿El Abogado Franval?

Dub. Sí señor, el mismo.

Pensativo.

Darl. Dile que no puede ser.

Vase Dubois.

SCENA VII.

Darlemont solo.

Darl. Este venía á hablarme de su hermana, y á estrecharme sobre el matrimonio que proyecta con mi hijo; pero yo sabré desconcertar sus intenciones. Es bien singular que estos Legistas de reputacion quieran competir con el grande y con el rico... ¡quánto me complace abatir su orgullo, y hacerle conocer...

SCENA VIII.

Darlemont y Dubois.

Dub. El Abogado Franval me envia á deciros que viene acompañado del Abate L' Epee, Preceptor de sordos-mudos en París.

Sobresaltado.

Darl. ¿Quién? ¿el Abate L' Epee?

Dub. Sí señor; y que tienen que comunicaros cosas de la mayor importancia.

Aparte.

Darl. ¿Qué tímidos sobresaltos?... todo se reune contra mí... parece que un destino secreto se complace en atormentarme.

Dub. ¿Qué les respondo?

Esforzándose.

Darl. Bien... que pasen adelante.

SCENA IX.

Darlemont solo.

Darl. Mil dudosas imaginaciones me combaten, y es necesario aclararlas. ¿Qué puede traer aquí este hombre tan célebre? ¿por qué se dirige á

mí? ¿por qué quiere hablarme con reserva? ¿podria suceder que al cabo de ocho años... que despues de tantas precauciones y medidas?... Ya no tendré un instante de reposo... pero allí vienen: tranquilicémonos, y cuidémos de disipar hasta la sospecha mas mínima, manteniendo severa circunspeccion, aptitud digna, firme...

SCENA X.

Darlemont, L' Epee, Franval, Dubois.

Dubois los introduce, y despues de arrimar sillas vase á un gesto que le hace Darlemont.

L' Epee. Buenos dias, señor.

Los hace sentar.

Darl. Parece que quereis hablarme con reserva; ¿puedo saber el motivo?

Franv. Aquí nos traen los respetos debidos al padre de Saint-Alme, y la obligacion de llenar un acto grande de justicia.

Darl. Explicaos.

Observando á Darlemont.

L' Epee. Voy á sorprehenderos. Sabed pues, como la casualidad: no, sabed como el árbitro so-

berano, que ordena los destinos de los hombres, puso en mis brazos al Conde Julio de Harancour, vuestro sobrino.

Darlemont se turba y extremece.

Franv. Sí; aquel niño sordo-mudo, de quien fuisteis tutor: todavía vive... y reclama su nombre y sus bienes por el órgano de L' Epee.

Quiere ocultar su turbacion.

Darl. ¿Julio decís? ¿Pues qué exîste todavía?

L' Epee. Dios ha conservado sus dias para recompensar mis trabajos.

Darl. Mucho me alegrára de eso: pero es una invencion que no puedo creer. El Condecito murió en París habrá cerca de ocho años.

Le mira con mayor cuidado.

L' Epee. ¿Estais cierto de su muerte?

Franv. Bien podeis haber sido engañado.

Darl. Yo mismo estuve á la cabecera de su cama... y...

Se acerca mas á Darlemont.

L' Epee. ¿Con que visteis sus últimos momentos? ¿tal lo que se llama visto la agonia y cadaver de este desdichado?

Confuso.

Darl. Sin entrar en discusiones importunas, me

bastará deciros, que la muerte de Julio de Harancour fué probada en justicia por un acto auténtico y legal.

Mirando á Darlemont.

L' Epee. Cuya falsedad me es manifiesta... y mas que nunca en este mismo momento.

Darl. ¡Y en qué fundais esta convinacion!

L' Epee. Disculpad mi franqueza... pero esa turbacion, es embarazo que anuda vuestras palabras... todas las señales del crímen que descompone las fisonomías... todo os descubre á vuestro pesar.

Se levanta.

Darl. ¿Tendríais el atrevimiento de pensar?...

L' Epee y Franval se levantan.

L' Epee. Sí: yo que estudié por espacio de sesenta años la naturaleza, que combiné todos sus movimientos, observé sus diversos aspectos, y penetré sus mas pequeñas insinuaciones, leo con facilidad las almas de los hombres: me ha sido suficiente una sola mirada para descifrar todo lo que pasa en la vuestra.

Darl. Nada me acusan el corazon y el honor; ni estos os deben dar ninguna cuenta... si no decidme, ¿qué títulos ú derechos os autorizan á los dos?

L' Epee. ¿Mis derechos?... ¿los dudais?... Tengo los que dan ocho años de penalidad, de cuidado y de paciencia; y los que tiene todo hombre sensible á socorrer las desdichas de su semejante. Mis títulos se reducen á uno solo. Dios me ha hecho depositario de Julio de Harancour para amarle, instruirle y vengarle: y yo obedezco sus decretos eternos.

Darl. ¿Vengar á Julio de Harancour?

Franv. Mis derechos no son ménos sagrados. El primero es la confianza de este hombre célebre, que me ha escogido para acabar su empresa la mas honrosa á la humanidad. El segundo es el deber que me impone mi profesion de defender al débil contra el poderoso, y de tender los brazos á todos los oprimidos.

Darl. ¿De qué opresion hablais?

Franv. En lo que hace á mis títulos, no los tengo iguales á los de L' Epee, ni deseo otro que el ser vuestro reconciliador.

Darl. No os comprehendo.

Franv. Nada puede substraeros de sus reclamaciones; por lo que, seais ó no delinqüente, lo podeis todo reparar: confiad en mi zelo; y persuadíos, que excepto los intereses del huérfano res-

petable á quien defiendo, nada amo en la tierra como el honor y la grandeza del padre de mi amigo.

Darl. Falta mucho todavía: decís que este sordomudo que excita vuestra compasion es el único heredero de los Condes de Harancour; ¿y cómo lo probais? ¿qué fuerza tienen vuestros indicios?

Franv. Todo se reune para probar su identidad... mil circunstacias.

L' Epee. La hora en que le encontráron perdido fué la misma que le dexásteis en París.

Franv. Y es la misma época en que se divulgó aquí la noticia de su muerte... la edad del Condecito, la calidad de su enfermedad...

L' Epee. Una semejanza manifiesta con el autor de sus dias.

Darl. ¿Semejanza?

L' Epee. La alegría que experimentó al entrar en esta ciudad; sus vivas agitaciones al descubrir el palacio de su padre.

Franv. Haber reconocido ya á un criado antiguo de la casa.

L' Epee. Por último, las declaraciones mismas de vuestro pupilo...

Turbado y confuso á cada circunstancia.

Darl. ¿Las declaraciones?

Franv. Los indicios y señales que da con certidumbre y precision.

Darl. ¿Señales?

L' Epee. Ya estais asombrado... sí... no esperábais que un infeliz sordo-mudo...

Franval. Sabed, pues, que Julio encontró en L' Epee, un nuevo creador; que guiado por sus lecciones, alimentado de sus virtudes, y abrasado con los ardores de su genio, nos ofrece hoy el modelo de la educacion mas perfecta... instruído de lo pasado, lleno de observacion y experiencia de lo presente, todo lo comprehende, nada desayra su inteligencia, de todo se acuerda... Vos mismo...

Con turbacion é inquietud que se aumenta en el diálogo.

Darl. No, no; jamas reconoceré en este incógnito á aquel... cuya muerte fué demasiado pública, y sabré ante los Tribunales...

Franv. Guardaos de comparecer... el aspecto de la Justicia es terrible al delinqüente... mirad, señor, que no son pocos los Jueces ancianos que hallarán en el huérfano Julio las mismas faccio-

nes de un Magistrado, cuya memoria veneramos aun todos los de Tolosa. Advertir que la opinion pública os condenará, que ningun habitante de esta ciudad dexará de convencerse á la vista del Conde, á la narracion sola de lo que ha hecho por él este amigo de la humanidad, y al aspecto de este anciano, cuyas canas venerables recuerdan á nuestra memoria la série no interrumpida de sus numerosos beneficios... guardaos, señor, de los Tribunales: en ellos sereis confundido, y para siempre deshonrado.

Darl. Nada temo... pues aun quando se declarase falsa la partida de difunto de Julio de Harancour... la ley castigaría solamente á los testigos que la firmáron.

Franv. Y si estos testigos os acusan de haberlos seducido, os llaman su cómplice y su vil corruptor... ¿podreis huir la venganza de las leyes? Dexareis de dividir con ellos el castigo y la infamia... ¡Qué! ¿Ya temblais?

L' Epee. No reprimais los labios que estan presurosos por revelar el secreto de vuestro corazon... no los forceis á encubrirlo.

Franv. Acabad de una vez; dad salida á los tormentos que hace años habitan en vuestro seno...

L' Epee. Sin duda no teneis idéa de cómo se aligera el peso de una falta confesándola.

Cogiendo una mano de Darlemont.

Franv. Tomad nuestros consejos.

Cogiéndole la otra.

L' Epee. Ceded á nuestros ruegos.

Separándolos ayrado.

Darl. Dexadme... Dexadme.

Se aparta de ellos y cubre un momento su rostro con sus manos.

L' Epee. Agitada está su alma... demos el último golpe á su obstinacion.

L' Epee va al fondo del teatro, hace una señal, y aparece Teodoro conducido de Mariana, la que quedará á la entrada. L' Epee lleva á Teodoro junto á Darlemont que está distraído, y lo pone de modo que sea el primer objeto que se ofrece á su vista quando vuelve la cabeza.

L' Epee y Franval notan todos sus movimientos.

SCENA XI.

Los mismos, Teodoro y Mariana.

Aparte miéntras que L' Epee va por Teodoro.

Darl. Estos hombres me estrechan de manera... su penetracion... su sagacidad... pero no, esforcémonos á resistir sus...

Toma una postura grave, vuelve de repente la cabeza y ve á Teodoro.

¡Dios!

Queda inmóvil, y como pasmado.

Teodoro despues de haber mirado con atencion á Darlemont, grita horrorizado, se refugia en los brazos de L' Epee, y señalando con el dedo á su tutor, da á entender que le conoce.

L' Epee. ¿Y dudareis todavía que vive Julio de Harancour?

Darl. ¿Este mi sobrino?

Franv. ¡Qué! podreis sostener...

Darl. Bueno: si ese muchacho fuera mi sobrino ¿huiría así de mí? ¿no hubiera venido ya á mis brazos?

L' Epee. ¿Si no lo fuera, habria demostrado luego que os vió el sobresalto que experimentan toda las almas puras al primer aspecto del que fabricó sus desgracias? ¡Ah! Si alguna vez hubiera dudado que este jóven fuese vuestro antiguo pupilo, bastaría para convencerme este solo indicio de la naturaleza.

Hace que se pasea sin mirar á Teodoro ni á L' Epee.

Darl. Ya os he dicho que no le conozco... ni le reconoceré hasta que por pruebas judiciales...

Acercándose á Darlemont.

L' Epee. ¿Decís que no le conoceis? ¿Pues de dónde nace ese temblor de todo vuestro cuerpo?

Turbado.

Darl. ¿Quién?... ¿Yo?

L' Epee. ¿De qué procedió aquel grito vengador que se os escapó involuntariamente luego que visteis al Condecito?

Franv. De que no podiais sostener el aspecto de este infeliz.

L' Epee. En vano luchais contra la naturaleza... ésta ha pronunciado ya su irrevocable sentencia.

Teodoro hace señas á L' Epee con la mayor viveza en este momento. Estas se dirigen á expresar

que le desnudan, y que despues le visten de andrajos, arañando con los dedos agarabatados las mangas de su casaca, y sus calzones.

L' Epee interpretando estas señas.

L' Epee. Mi discípulo me asegura con sus señas que os reconoce... que sois el mismo que le llevasteis á París... que sois...

Interrumpiéndole con aspereza.

Darl. Acabémos... ya me fatigan tantas impertinencias... pronto, salid todos de mi casa...

Con fuerza y dignidad.

Franv. ¡De vuestra casa! Estamos en la de Julio de Harancour...

Lleno de cólera y alzando la voz.

Darl. Ya he dicho que os vayais... de lo contrario, temed los efectos de mi cólera.

SCENA XII.

Los mismos y Saint-Alme.

Entra presuroso por la puerta lateral.

Saint. ¡Qué ruido tan extraño! ¿Quién se atreve á insultaros, padre mio?..¿Pero qué veo? ¡Franval!

Miéntras habla Saint-Alme, Teodoro los reconoce, da un grito de alegría, le abraza, y le llena de caricias.

Saint. ¿Quién es este jóven cuyas caricias?...

Franv. Julio de Harancour vuestro primo.

L' Epee. Y el pupilo de vuestro padre.

Lleno de contento.

Saint. ¿Será cierto?

Con fuerza y con viveza.

Darl. Te engañan, hijo mio.

Saint. No, no... aunque el tiempo puede haber alterado sus facciones, siento que mi corazon...

Con mas fuerza.

Darl. Que te engañan te digo... este es un lazo seductor que nos tienden...

Saint. ¡Un lazo! ¿Y para qué?

Saint. Sí, hijo mio.

Darl. Fácilmente nos podemos desengañar.

Reconoce una cicatriz que tiene Teodoro en el brazo derecho.

Saint. ¿El es!...

Darl. ¡El es!

Saint. Sí, sí: mirad la cicatriz que me dió la vida; este es mi libertador.

Abraza con mayor ternura á Teodoro.

Darl. Retírate Saint-Alme...

Saint. ¡Echar yo á Julio de mi seno!

Darl. Retírate, ó teme...

Saint. Si supiera que en este momento habia de cumplirse vuestra maldicion, y que rayos celestiales me habian de aniquilar en presencia vuestra, nunca podria dexar de manifestar mi alegría á la vista de mi primer amigo, y del compañero de mi niñez... No; yo no puedo resistir á la voz de la naturaleza.

Vuelve á abrazar á Teodoro. Darlemont confudido y rabioso se sienta en una silla á la izquierda del espectador y le da las espaldas.

Despues de un corto silencio.

L' Epee. ¡Y no os mueve una Scena tan tierna! ¡Sereis insensible á las lágrimas que vierten nuestros ojos, y á la dulce emocion que experimentan nuestros corazones! ¡Ah, señor! ¡Quánto os compadezco!

Franv. Finalmente, es preciso ceder al imperio de los sucesos, pues ya es vana y sospechosa toda resistencia... vuestro mismo hijo...

Saint. Padre mio... por Dios...

Se levanta enfurecido.

Darl. Calla.

A L' Epee y Franval.

¿Qué quereis? Yo no reconoceré en este mundo al Conde de Harancour... yo solo, á pesar de vuestros intentos y falsificaciones... á pesar de las pruebas y testimonios, que pondera vuestra credulidad, sostendré como irrevocable la fé de muerto de Julio, y conservaré mis derechos... Quitaos de mi presencia... todos... salid al momento de mi casa.

Vuelve á sentarse: L' Epee toma de la mano á Teodoro, y lo lleva al medio del teatro.

L' Epee. Ven huérfano infeliz... Ven frágil y misera caña, sacudida por tanto tiempo de la tempestad.

Aquí Teodoro enxuga las lágrimas de L' Epee.

Ven hijo mio... que si las leyes no te vengan... Si prevalece la opresion del poderoso... Si la codicia y la impostura te arrojan de tus mismos hogares, siempre tendrás el corazon y la choza pacífica de tu viejo L' Epee.

Con respeto y admiracion.

Saint. ¡De L' Epee!

L' Epee al irse del teatro lleva de la mano á

Teodoro: los dos miran á Darlemont que permanece inmóvil y sentado... Mariana los sigue, y forma grupo con ellos á la puerta del fondo.

A Darlemont.

Franv. Si hasta aquí he respetado con el miramiento que debia al padre de Saint-Alme... Sabed, que en adelante usaré de todos los medios que ordena mi deber, y de toda la energía que produce la indignacion.

Saint-Alme le mira, y se conmueve.

Por densa que sea la obscuridad en que os penseis envolver... por mas que vuestra obstinada resolucion apoye sus triunfos en el crédito, y en el poder, no eludiréis mis razones; no os escaparéis de mí. *Se une al grupo.*

Corre acelerado detrás de Franval.

Saint. Franval... amigo... dentro de un momento iré á vuestra casa.

SCENA XIII.

Darlemont y Saint-Alme.

Aparte miéntras que Saint-Alme acompaña á Franval.

Darl. ¡Ya se fuéron por fin!...

Volviendo hácia su padre.

Saint. Padre mio, dignáos de escucharme.

Darl. Huye tambien de mi presencia.

Saint. Julio es... no lo dudeis.

Darl. Déxame, miserable.

Saint. Nos perdeis padre mio.

Darl. Jóven inconsiderado... imprudente... mentecato... tú eres solamente el que nos pierdes... pero yo todo lo repararé.

Quiere irse, Saint-Alme se echa á sus pies, y le detiene por el vestido.

Saint. Por lo mas sagrado de la tierra... por mí y por vos no os dexeis arrastrar de la ciega ambicion que os ofusca... restituid á Julio sus bienes... restituid bienes que no nos pertenecen.

Darlemont forcegea por desasirse, y no puede.

No me dexaréis riquezas; pero me quedará por herencia un nombre sin mancilla, y una buena memoria; bienes mucho mas apreciables que el oro y la fortuna.

Darlemont arrastra á su hijo hasta la puerta lateral.

Padre mio... ¿no me escuchais? ¿huis de mí? ¿volveis la vista?... ¡Ah, Señor!... Nos deshonrais... nos deshonrais...

ACTO QUINTO.

La misma decoracion que en el acto segundo. Franval escribiendo en su bufete: á un lado Teodoro leyendo. L' Epee unas veces se pasea pensativo: otras se arrima á ver lo que escribe Franval. Teodoro moverá de quando en quando los dedos de la mano derecha por exprimir las palabras (así lo hacen los mudos): en medio del teatro Madama Franval en silla de brazos haciendo labor: á su lado Clemencia bordando al tambor; ésta mirará muchas veces á su hermano con desasosiego.

SCENA PRIMERA.

L' Epee, Teodoro, Franval, Madama Franval y Clemencia.

Clem. Mucho tarda Domingo.

Mad. ¿Es tan pesado en todo quanto hace?

Sin dexar de escribir.

Franv. Al ordenar esta acusacion, siento una agitacion involuntaria.

Mad. Hijo mio, te aconsejo que trates á Darle-

mont con la mayor circunspeccion.

Paseándose.

L' Epee. Es cierto que no puede llevarse á mas alto punto la impostura y la audacia... nunca creí semejante terquedad... ni que pudiera resistir la vista de este desgraciado.

Señala á Teodoro absorto en su lectura.

Mad. Es un injusto usurpador... su castigo debiera ser executivo.

Escribiendo.

Franv. Convengo en ello; pero su hijo...

Clem. ¿A quién no interesarán sus virtudes?

L' Epee mira á Clemencia, y da á entender que sospecha su amor.

Dexando de escribir.

Franv. El solo nombre de Saint-Alme me parte el corazon, é involuntariamente se me cae la pluma de la mano.

L' Epee. Bien conozco Franval la grandeza de vuestros sacrificios; pero vos sois mi única esperanza. *Con energía.*

Franv. Venceréis... sí... vuestro Teodoro quedará vengado;

Con pesar.

pero perdonad á la amistad este justo tributo, y á mis sentimientos esta afliccion involuntaria.

L' Epee. ¡Qué! ¿pensais pudiera yo reprobar los combates generosos de la justicia y la amistad?... creed que yo participo tambien de su rigor. Si las atenciones pudieran mover al inflexîble Darlemont, yo sería el primero que las eligiera.., pero el avaro no cede sino á la fuerza, no se humilla sino á la necesidad, y no obedece sino al azote terrible de la Justicia.

Franv. Sí, sí, terrible... una vez fulminada esta querella, nada podrá salvarle de las penas infamatorias establecidas por la ley; ¿pero qué harémos entónces con su hijo desdichado? Su alma es ardiente, y su sensibilidad extremada... pero no me desconsuelo... todavía espero que sus razones y lágrimas moverán á Darlemont, y le evitarán las conseqüencias funestas de un juicio público.

Sin dexar la labor.

Mad. Yo no: estoy cierta que nada conseguirá.

Clem. ¿Y por qué? Si la voz paternal vuelve á las sendas de la virtud al hijo que se habia extraviado, ¿por qué la de un hijo... de un hijo como

Saint-Alme no tendrá actividad y fuerza sobre el corazon de su padre?

Mirando á Clemencia.

L' Epee. Soy del parecer de esta señorita, y con fio mucho... sí, mucho confio en las prendas de este jóven.

SCENA II.

Los mismos: Saint-Alme entra abatido, y se detiene en el fondo del teatro sin advertirlo ninguno de los que estan en él.

Escribiendo.

Franv. ¡Infeliz Saint-Alme! ¡quán ageno estaréis de presumir que en este instante firma la acusacion horrible contra vuestro padre esta mano tantas veces apretada por las vuestras!

Saint-Alme se extremece.

Mirándolo.

L' Epee. Aquí está.

Dexa de escribir, y se levanta con aceleracion.

Fran. ¡ Dios!

Momento de general silencio.

Con dignidad.

Saint. No tengo de qué quejarme: lo que habeis hecho, qualquiera otro lo haria en vuestro lugar: la justicia es preferible á los respetos humanos; y hay circunstancias en que el hombre de bien debe ahogar sus mas vivos sentimientos por llenar su obligacion.

Clemencia agitada dexa caer la labor, y da muestras de la mayor turbacion.

L' Epee. ¡ Qué ! ¿ por cumplir con el sagrado deber que el cielo me prescribe, me veré forzado á despedazar una alma como la vuestra ? ¡ qué dura alternativa ! ¡ todavía no sabeis quánto padece mi corazon ! *A Saint-Alme.*

Franv. Juzgad de lo que pasa en el mio: por una parte la confianza con que me honran,

Señala á L' Epee.

y la justicia que espera este huérfano oprimido, me mandan obrar; por otra la amistad me detiene y ata las manos: en qualquiera parte á que declino, padezco sobremanera: no puedo dar un paso sin ser culpable, ni tomar partido que no me presente pesares: ¿ quien padeció nunca tantas penas juntas ? ¿quién se halló jamas en situacion mas cruel ?

Apretando alternativamente las manos de Franval y de L' Epee.

Saint. ¡ Ah! bien seguro estaba yo de encontraros en anxîedad tan generosa y en tan penoso embarazo.

A L' Epee.

Ni esperaba ménos del compasivo lenguage y tierno interés que tanto os caracteriza como apoyo de desdichados, y bienhechor de los hombres: pero ya que uno y otro habeis cumplido con vuestro deber, permitidme que yo llene tambien el que prescribe la naturaleza, y que tome la defensa de mi padre.

Franv. ¿ Obtuvísteis acaso ?...

Saint. No ha querido oirme: me ha arrojado de sus pies. Lo mas respetable del honor... lo mas tierno de la caricia filial... nada, nada pudo doblegarle: insiste en que quiere probar la muerte de su pupilo, y guarda sobre todo lo demas el silencio mas cruel.

Apóyase sobre el hombro de Franval. Teodoro advierte el abatimiento de Saint-Alme, arroja su libro, y corre á sus brazos.

Franv. Tranquilizaos.

L' Epee. Mirad á vuestro amigo: pudiera decirse

que os acaba de oir, y que intenta consolaros.

Estrechando á Teodoro en sus brazos.

Saint. ¡ Quán grande es mi contento en volverlo á ver!

Se para, y le mira.

¿Por qué fatalidad, despues de una ausencia tan larga, ha de estar acibarada nuestra vista con temores y sentimientos? Pero ello es muy cierto... decidme, ¿ estais los dos plenamente convencidos de que mi padre es delinqüente?

SCENA III.

Los mismos y Dupré.

Sale Dupré sin sombrero, y en el mayor desórden.

A Franval.

Dup. Señor, ¿ es cierto lo que mi amo acaba de decirme?... El Condecito de Harancour...

Señalando á L' Epee.

Franv. Ved al mismo que lo ha salvado.

Repara en Teodoro á tiempo que éste le está exâminando.

Dup. ¡O Dios! Sí, él es: por fin le vuelvo á ver.

Teodoro quiere abrazar á Dupré, éste se hace atrás, y evita sus caricias.

Dup. Solamente vé en mí al que cuidó de su niñez: ignora que soy indigno de sus caricias, y que yo mismo contribuí á su perdicion.

Saint. ¡Tú, Dupré!

Teodoro á las muchas señas que lo hace L' Epee suspende de repente sus caricias: permanece inmovil por un momento, ceja poco á poco, fixa su atencion en Dupré, y manifiesta quedar sorprehendido y pesaroso.

Dup. Pero él conocerá todos mis remordimientos, y me permitirá morir á sus pies.

Echase á los pies de Teodoro.

Levantándolo.

Franv. Recóbrate Dupré, y acaba de instruirnos.

Saint. Solo este criado acompañó á mi padre quando llevó á París al Condecito.

A Dupré.

Franv. ¿Habrá como ocho años poco mas ó ménos?

Dup. Sí señor.

Saint. ¿Y qué mas?

Dup. La misma tarde que llégamos, me mandó vuestro padre que me hiciese con la ropa de un mendígo, y que con ella vistiese al tierno Julio, despojándolo ántes de la que llevaba.

L' Epee. Justamente me lo presentáron con estos andrajos.

Dup. Luego que su tio le vió disfrazado, le metió consigo en un coche simon, y desapareciéron: á pocas horas volvió solo Darlemont; manifestéle mi sorpresa, y le estreché tanto con mis importunas preguntas, que al fin me confió acababa de executar un proyeto meditado por algunos años, y que habia dexado perdido al Condecito en medio de París.

Falto de respiracion, y como si delirase.

Saint. ¡Qué! ¿mi mismo padre... habrá cometido la barbarie?...

Dup. Sí señor; y como para quedar en pacífica posesion de los bienes de Harancour era menester publicar su muerte probándola en justicia, solicitó testigos que la jurasen. El primero fué el patron de la casa que habitábamos; quien declaró seducido á fuerza de dinero.

Poniéndole la mano en la boca.

Saint. ¡Miserable!...

Mudando tono.

Pero acaba.

Franv. ¿ Y el segundo testigo?

Dup. Fuí yo.

L' Epee explica á Teodoro la falsedad de Dupré, trazando algunas líneas en su mano izquierda, é inclinando despues la cabeza con los ojos cerrados en su derecha en señal de muerto.

Entónces Teodoro mira á Dupré con indignacion, y se aparta de él.

Conducido á un templo en que todo estaba preparado, firmé la fé de muerto de Julio de Harancour; poco despues partimos para Telosa, en donde apoyado de este testimonio, monumento de la perfidia mas atroz...

Con voz dolorida.

Saint.. Detente... ya no puedo ménos de creerlo... ¡Oh! ¡quánto oprime el peso del crímen horrible de un padre!

Cae en una silla sostenido por Franval con señales del mayor abatimiento.

Dup. Desde este fatal dia no he podido lograr un instante de reposo; pero el cielo justo ha conservado esta víctima para que yo mismo lo descubra todo públicamente, y para que delate mi perfidia al tribunal de las leyes. Bien sé su rigor.. sé sus penas... pero estoy resignado á tolerarlas. Feliz si por la expiacion del delito á que contribuí, puedo reparar los perjuicios que he causado.

Se levanta precipitadamente.

Saint. Sí, sí; es necesario repararlos: sígueme anciano desgraciado.

Llévase con violencia á Dupré.

Dupré. Señor, estoy pronto á quanto dispongais de mí.

Corriendo en pos de Saint-Alme, y deteniéndole.

Franv. ¿A dónde vais Saint-Alme?

Saint. Adonde me lleva la desesperacion.

L' Epee. Advertid que Teodoro.

Saint. Su presencia aumenta mi martirio.

Franv. ¿Qué pensais hacer?

Saint. Vengarle, ó morir.

Le detiene tambien.

L' Epee. La razon os abandona.

Saint. Dexadme.

Franv. Permite que vuestro amigo...

Apartándose de L' Epee y de Franval, y lanzándose hácia la delantera del teatro.

Saint. ¡O padre mio! ¡ó padre mio!

A Franval y á L' Epee que vuelven á detenerle.

Dexadme, dexadme.

Vase con precipitacion, llevándose consigo á Dupré.

SCENA IV.

L' Epee, Teodoro, Franval, Madama Franval y Clemencia.

L' Epee tranquiliza á Teodoro, inquieto y agitado, por medio de algunas señas, y observa á Clemencia, que denota estar llena de la mayor afliccion.

Mad. Al cabo hemos descubierto la trama infame de Darlemont....

Franv. ¡Qué cadena de tropelías y violencias! ¡valerse de la enfermedad de un niño indefenso y desvalido! ¡violar hasta este punto los derechos de la sangre, y los pactos de la confianza! Lo confieso: á no ser por la declaracion del anciano Dupré, jamas hubiera creído tanta perfidia.

L' Epee. Ya veis que Teodoro no se habia engañado.

Mad. ¿Y dudarás un momento de entregar á este delinqüente á la venganza de las leyes? ¿Esperarás, hijo mio, que se valga de su crédito y riquezas para hacer inútiles tus procedimientos?

L' Epee. La tardanza es peligrosa... y yo debo

añadir á tan importantes observaciones, que Teodoro no es el único á quien debo mis servicios; que los demas discípulos me esperan en París: y padecen mucho con mi ausencia: y que por ellos debo economizar el tiempo que he de estar aquí.

Franv. Sí, sí... mayor detencion en cumplir con mi deber, me haría sospechoso y críminal... firmémos esta querella...

L' Epee y Teodoro firman el papel que está sobre la mesa.

Clem. Yá se perdió mi esperanza...

SCENA V.

Los mismos, Domingo y Mariana.

Mad. Gracias á Dios que llegaste... ¿y ahora te vienes solo?

Hadeando.

Dom. No será por no haber corrido... ni por haber dexado de buscarlos... Primeramente fuimos á casa de Pedro, el antiguo palafrenero... y habia salido muy temprano con su muger.

Mar. Desde allí fuimos á casa de la pobre Mauricia, la viuda del cochero.

Dom. Y está en el campo por todo el dia... pero dexámos recado á los vecinos, para que vengan acá luego que lleguen.

Franv. ¿Habrás callado el motivo?

Dom. Mi amo sabe muy bien que quando se me confia un secreto...

En una mano la querella, en otra el sombrero.

Franv. No lo dudo... Esta querella excitará todo el zelo de los ministros... moverá su atencion, así por la naturaleza de los hechos, como por estar autorizada con vuestra firma... L' Epee, vos me acompañaréis con Teodoro...

A Clemencia, cuya turbacion será excesiva.

Si durante nuestra ausencia viniese Saint-Alme... os suplico le consoleis... Especialmente tú, hermana mia... dile lo mucho que me cuesta; pero un instante mas de tardanza podria perjudicar á Teodoro, y dar armas terribles á su opresor: Vamos.

Ruido dentro.

Clem. Creo que viene gente.

Dom. Si es el señor Saint-Alme, ¡y qué turbado, gran Dios! ¡qué agitado!

SCENA VI.

Los mismos y Saint-Alme, sin sombrero ni espada.

Sale con precipitacion.

Saint. ¡Amigo mio! ¡amigo mio!

Cae desalentado en los brazos de Franval, y éste le pone en una silla: Teodoro corre á socorrerle, y manifiesta el mas vivo interes.

Franv. Recobraos, Saint-Alme.

Saint. Mi padre...

Quiere continuar, pero la emocion que siente le corta la voz.

Franv. Decidme, nada receleis.

Saint. Mi padre...

L' Epee. ¿Qué? Acabad.

Con voz cortada, y con fuerza gradual.

Saint. Afligido y fuera de mí con la narracion del viejo Dupré cobro ánimo...

Se levanta.

me apresuro, y fuerzo la puerta del gabinete en que se habia cerrado mi padre... Dupré que me seguía, le dixo que todo lo habia revelado, y

que estaba resuelto á denunciarse y á denunciarlo... añadió : " me habeis hecho cómplice de un horrendo... de un horrendo delito... pero yo tambien os haré participar conmigo el suplicio... " Esta amenaza de Dupré asusta á mi padre... vienen á su rostro la palidez y la turbacion... todo se extremece, y manifiesta que es hombre... Conocí que era éste el precioso momento, y que debia aprovecharlo... entónces tomo la espada..., me pongo la punta en el pecho, y le digo con firmeza y energía... yo, padre, voy á ser deshonrado... y como soy jóven tendria que sufrir la infamia muchos años... espiro, pues, á vuestros pies... aquí víctima de la estimacion pasaré mi pecho, y vuestra vista me verá revolcado en mi misma sangre, sino firmais la declaracion de reconocimiento de Julio de Harancour... El tono de desesperacion, la idea de un perpétuo deshonor, y sobre todo la certidumbre de mi muerte, produxéron el efecto que esperaba... la naturaleza triunfó... condolióse mi padre... y con mano agitada y trémula... escribió el papel que os entrego...

Saca del pecho un papel, y lo da á Franval; éste lee.

Franv. „Yo reconozco á Julio de Harancour, „sordo-mudo de nacimiento, que con el nom„bre de Teodoro, es discípulo del señor Abate „L' Epee, y estoy pronto á restituirle todos „sus bienes.„ Darlemont.

L' Epee. ¡Poderoso Dios! ¡Todas las criaturas os alaben!

Toma el papel, y lo da á Teodoro.

A Saint-Alme.

Franv. Amigo mio, ¡de qué tormento habeis librado mi espíritu!

Rompe la acusasion que aun tiene en las manos. Teodoro sucesivamente lee el escrito con admiracion, se echa á los pies de L' Epee, y los besa; se arroja con alegría al cuello de Franval... va hácia Saint-Alme, lo mira con atencion, y se detiene meditando... corre al bufete y escribe en el mismo papel.

Franv. ¿Qué hará Teodoro?... ¿Quál será su intento?

L' Epee. Lo ignoro.

Saint. Parece que siente alguna grande emocion.

Clem. Y que se le saltan las lágrimas.

Teodoro llega segunda vez á Saint-Alme, le toma una mano, la pone sobre su corazon, y con la otra le entrega el papel que ha escrito.

Conmovido.

Saint. ¿ Qué dirá?

Lee.

"Yo no puedo ser feliz á costa de mi primer „amigo: doy á Saint-Alme la mitad de los bienes „restituídos, y éste no podrá despreciar mi do-„nacion ; porque si desde la niñez nos acostum-„bramos á partir nuestras cosas entre los dos „como hermanos... es razon que quando vuel-„ven á unirse nuestras almas conservemos las „mismas costumbres." Julio de Harancour.

Saint. Dios mio.

Abraza con el mayor cariño á Teodoro.

Abrazándolo tambien.

L' Epee. Solamente esta accion me ha recompensado todo quanto he hecho por él.

Mad. Será benéfico como su padre.

A L' Epee.

Señor, ¿ puedo yo esperar se me permita acabar mis dias al lado de mi señorito?

L' Epee. Sí, buena muger, y todos los demas criados antiguos de la casa que puedas descubrir.

Franv. Pero ha de ser con condicion, Mariana, que como todos nosotros, guardarás un eterno silencion sobre el motivo de las desgracias del Condecito.

Saint. ¡ Qué no pueda borrar de la memoria semejante recuerdo !... ¿ Cómo podré yo endulzar su amargura ?

Mirando á Clemencia con sonrisa bondadosa.

L' Epee. Ayudándoos esta señorita... y asociándose á vuestra suerte.

A L' Epee.

Franv. Bien se vé que nada se escapa á vuestra penetracion.

Mad. Pero advertid que semejante matrimonio...

L' Epee. Cumplirá los deseos de dos personas que se aman ; á la dicha de los quales dsseo yo contribuir.

Mad. Solamente por vuestra mediacion me determinaría...

L' Epee hace señas á Teodoro que expresan el nudo matrimonial, uniendo sus propias manos como si fuesen de dos esposos, y señalando el dedo en que se pone el anillo nupcial... Despues Teodoro toma una mano á Saint-Alme, y otra á Clemencia, las une y lleva sobre su corazon.

Clem ¡Momento delicioso! quán agena estaba yo de que llegases.

Saint. Siento mi dicha, mas no la puedo explicar.

Franv. La que experimento no puede compararse sino con mi admiracion...

A L' Epee.

Hombre benéfico... ¡quán grande es la gloria que os resulta de tener un discípulo como Teodoro! Comparad lo que es en este momento á lo que era la primera vez, que os le presentáron, y felicitaos de vuestra obra.

L' Epee mira á Teodoro, y á los demas que forman grupo en derreedor de él.

L' Epee. En fin, hijo mio, ya te veo restituído á tus hogares... mis ojos llenos de lágrimas deliciosas te miran condecorado con el nombre excelso de tus mayores... y rodeado de aquellos mismos á quienes has hecho felices... ¡O

providencia de Dios! Ya nada queda que desear en la tierra á mi cansada vejez... y quando dexe este despojo mortal, podré decirme á mí mismo... "Dormamos en paz, pues he concluído bien mi carrera."

FIN.



